AÑO XXXV — Nº 1728

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

MONTEVIDEO, 27 DE FEBRERO DE 1966



Punta del Este 1966

(De la colección fotográfica de Aníbal Barrios Pintos)

Perspectiva aérea obtenida por Sigueto Kubota de la Península de Punta del Este. No hay aquí calle que no muera jubilosa en el mar; calles por donde anda como un centinela el viento, registrándolo todo.



DURANTE TODO EL AÑO

CORTE CORTADO

se complace en brindar a su distinguida clientela una gran solución para la vestimenta de cada estación: CORTE-CORTADO pone a disposición de las jovencitas y las señoras la posibilidad de adquirir el vestidito, solera, batón playero, deshabillé, pollera plisada, cortados a SU talle correspondiente para terminarlo en su hogar. CORTE-CORTADO facilita lo más difícil: El BUEN CORTE. CORTE-CORTADO inculca una nueva manera de ahorrar en la vestimenta. En la Sección Confección Ud. encontrará su CORTE CORTADO para terminar en su casa.

CORTE CORTADO

también en MALLAS

REBAJA TOTAL!

20%

DE DESCUENTO

ecos de una

REBAJA TOTAL!

Soler tiene Soler conviene!

1 - Vestido en algodón estampado totalmente abotonado con detall... de sesgo $ 200.00 rebajado a $ **160.-** 2 - Vestido en popelina mo... delo de línea recta con nuevo detalle de cadenitas doradas $ 360.00 rebajado a $ **288.-** Vestido en hilo rústico modelo de línea simple con detalle de pespunte terminado en moñito $ 490.00 rebajado a $ **392.-** Vestido en Acrocel estampado modelo de línea chemisier $ 520.00 rebajado a $ **416.-** Vestido en Acrocel liso modelo con novedoso cuello y solapa $ 580.00 rebajado a $ **464.** Vestido shantung hilo modelo s/mangas y tablones en la delantera $ 620.00 rebajado a $ **496.-** Conjunto de vestido y chaqueta en popelina Acrocel; vestido de línea clásica y chaqueta de impecable corte con gracioso cuello $ 900.00 rebajado a $ **720.-** Vestido realizado en sourah de seda estampado modelo con detalle en el escote $ 880.00 rebajado a $ **704.-**



AGUADA - CENTRO - CORDON - UNION - LAS PIEDRAS

En una de ellas se refiere a Dn. Antonio Lussich, "verdadero adivinador de las hermosuras de Punta del Este, pues ya las cantaba en décimas entusiastas y sonoras, cuando no había sobre el árido promontorio, más que el faro enhiesto y tres o cuatro taperas de terrón y paja". "El —dice Blixen— fue quien primero vio lo que este paraje daría de sí como estación balnearia, y quien lo hizo conocer, y quien estimuló los progresos, y quien me invitó a escribir aquella larga y detallada ponderación de estas regiones que si mal no recuerdo, se titula "Por mares azules"".

El pueblo en la época se componía de un gran edificio donde estaba la Capitanía y Aduana atendidas por el capitán de Puerto Sr. Alfredo Costa, 50 casas y varios "chalets". Los terrenos se vendían a 100 o 190 pesos oro cada uno, al contado, según su ubicación.

No todo era sosegado, sereno, lleno de lenta pereza: había un continuo ir y venir de arquitectos, ingenieros y capitalistas argentinos interesados en hacer de este paraje, "la primera y más hermosa estación balnearia de la América del Sud".

Los turistas realizaban excursiones: por mar, a las grutas de Portezuelo; en "breacks", a la mansión de Lussich; a caballo, a Maldonado, atravesando los médanos. Llega el crucero argentino "Patria" y los cadetes "aprovechan la playa para el baño; persiguen y cazan conejos en Gorriti, bailan valses y cuadrillas en el "chalet" de Beltrán Hardoy, donde se les agasaja amablemente". En retribución, la oficialidad entera del buque de guerra, ofrece un lunch a bordo, a las principales familias de Punta del Este. Las redes salen del agua repletas de langostinos, que los bañistas "comen crudos y palpitantes todavía, sin más requisito que descascararlos, vivos aún, al salir del agua". Otra novedad: un cura ambulante da misa y bautiza en una de las casitas de estilo inglés que acaba de levantar la "Bola de Nieve", cuyo director es el Sr. Camilo Guani.

Nó podía faltar la "viveza criolla", esta vez muy bien representada por un caballero de la "douce Francia". El relato, con gracia inimitable, es de Samuel Blixen:

"Este año se ha introducido una novedad en los hábitos balnearios. Se ha suprimido la promiscuidad de los sexos en la playa. El verano último, hombres y mujeres se bañaban juntos en el mismo paraje, como sucede en todos los balnearios europeos. Cada bañista ocupaba su carpa, se desnudaba, se metía en el agua, y hacía cuenta de no saber de qué sexo eran sus vecinos más próximos. Había libertad completa para "ver", a condición de hacerse el hipócrita y no "mirar"... Ya era costumbre consentida la de bañarse juntos y en familia, cuando llegó un señor francés que tuvo la infeliz concurrencia de mirar, descaradamente, todo cuanto los demás veían... de soslayo. El hombre se instalaba en la orilla del agua, sentado en una silla de tijera y desenfundaba unos potentes anteojos de teatro, se entretenía en admirar formas femeninas... Tal actitud, descarada y torpe, provocó una tempestad de protestas: las señoras se negaban a pisar la playa en traje de baño; los maridos refunfuñaron, y el Jefe Político intervino, haciendo comparecer al francés. Este dijo: "Mais, monsieur! C'est partout l'habitude! Y citó a Biarritz, a Ostende y a Trouville. "Je suis dans mont droit", agregaba cínicamente. "Je ne viene ici que pour ca!" y habló de civilización, de preocupaciones absurdas y —recalcando mucho las palabras— "de petite pruderie provinciale", y de "bigoterie qui va jusqu'au crétinisme". El Jefe, en conflicto tan peliagudo, no encontró más expediente que consultar a las señoras... Las directamente interpeladas, aunque rabiando, tuvieron que votar la supresión, por no arrastrar las malignas y suspicaces interpretaciones del "qué dirán".

En pleno período de florecimiento y de auge, el presidente Dr. Claudio Williman, el 5 de julio de 1907, ponía el cúmplase a la ley que declaraba oficialmente pueblo a Punta del Este, con dicha denominación. Fue precisamente Williman, el primer presidente que llegara al flamante pueblo el 27 de enero de 1909, instalándose en el chalet "Villa Cora", distante unas diez cuadras del muelle.

Su llegada provocó la clausura del atrayente mundo de la ruleta, causando el sensible deterioro de la banca uruguaya, instalada en un chalet próximo al Hotel Biarritz. Posteriormente visitó Maldonado, las islas de Lobos y Gorriti, y San Carlos, regresando el 2 de febrero a Montevideo. Documentando gráficamente las crónicas de aquel acontecimiento EL DIA, en su edición de fecha 1º de febrero de 1909, publicaba una foto de una de las llegadas a Punta del Este del Dr. Williman, familiares y comitiva, en carreta tirada por bueyes.

Nuevamente los baños mixtos se habían constituído en el ideal de Punta del Este: el traje obligado era la blusa completa, teniendo la mayor aceptación, dos colores: el rojo y el azul marino.

Los terrenos valían ya mil doscientos a mil quinientos pesos. Ininterrumpidamente se seguían levantando "chalets". En la temporada veraniega llegaban puntualmente barcos de Buenos Aires, con multitud de turistas. Los que se alojaban en el Hotel Biarritz tenían que presentarse en las distintas comidas "revestidos con los ornamentos impuestos por la etiqueta". El otro hotel, el de Dn. Pedro Riso, "era democrático hasta la exageración". "Allí —decía un periodista— se va como quiera y se come como quiera. Lo malo es que en el comedor llueve como en la calle, y en ocasiones hay que comer con paraguas o impermeables".



Un vaivén de barcos, temblorosos de velas, denuncia su presencia contemporánea en las aguas oceánicas de Punta del Este, frente a la arena constelada de sombrillas y la ciudad, calle por medio. (Foto Sigueto Kubota).

PUNTA DEL ESTE, SIMBOLO DE PUJANZA NACIONAL

Interrumpimos acá esta evocación, pues de continuarla haríamos interminable esta reseña. Frente a la realidad actual, cabe recordar con gratitud a los hombres de férrea voluntad de avance que tuvieron en el pasado la visión esplendorosa de Punta del Este de los días presentes, rumbo que siguieron otros hombres, con el mismo temple de aquéllos, perfeccionando su naturaleza.

En la armoniosa conjunción de lo intemporal y lo moderno, de lo agreste y de lo urbano, seleccionando ella misma los más nobles materiales para cimentarse, seguirá Punta del Este, ciudad predestinada, renovándose en el vértigo del crecer y del hacer, en el devenir galopante de los tiempos de ventura que le aguardan.

Aníbal BARRIOS PINTOS

(Especial para EL DIA)

(1) Escribanía Nal. de Gobierno y Hacienda — Protocolos de Contratos del Superior Gobierno correspondientes al año 1843.
(2) Escribanía Nal. de Gobierno y Hacienda — Expediente caratulado "Antecedentes relativos a Punta del Este" (año 1895).
(3) Artículos periodísticos publicados en EL DIA el 27 y 30 de enero, y 4 y 5 de febrero de 1907. Gentileza del historiador Prof. Alfredo R. Castellanos.



El 17 de agosto de 1853 el dibujante T. F. Vicent tomaba estos apuntes de la actual Punta del Este. (Original existente en el Museo Histórico Nacional). Es la mejor comprobación de "lo que va de ayer a hoy".

SE LLAMABA ITUZAINGO

PERSONALIDAD es sencillamente aquello que distingue. Lo que distingue a Punta del Este es el individualismo y el universalismo de su alma.

El extranjero que llegara directamente a ella, sin ver antes detalle alguno de la República, observaría allí la confianza de una comunidad en la grandeza de su destino, en el buen gusto de las edificaciones policromas; en la animada presencia de millares de bañistas en sus hermosas playas; en el constante tránsito de vehículos por sus calles; en sus comidas típicas, las comidas del mar; en sus noches espléndidas colmadas de diversiones; en el entusiasmo con que el público aplaude las manifestaciones de arte; en su aire que va trasladando el olor de la floresta al olor de la ola.

Ciudad ésta, hecha por quienes desde su génesis creyeron firmemente en su prosperidad de hoy, a la que los caminos fluviales y terrestres dieran vida y fortaleza estables, mucho antes de lo que aquellos mismos pioneros supusieran.

Precisamente a esos comienzos intentaremos referirnos en esta nuestra crónica para el Suplemento Dominical de EL DIA, como contribución al mejor conocimiento de los inicios de esta señalada ciudad-balnearia que emerge infatigablemente en la península, orgullosa de su admirable presente; segura de su extraordinario futuro.

EN EL AUTENTICO COMIENZO

Punta del Este tenía un destino marcado y hacia él marchó a través de años de obstáculos y fracasos.

Hacia 1820 aparece en su historia un hombre de incuestionable acción: don Francisco Aguilar, a quien en ese año el Cabildo montevideano le concede cuatro solares. Nueve años después, por el mes de agosto, comenzó a considerarse la idea de fundar un pueblo en aquel paraje y prosperando la iniciativa se quiso perpetuar la victoria de Ituzaingó, dándole ese nombre que nos abriera el camino de la libertad.

En el plano de Grossy de 1834, que exhumara Dn. Carlos Seijo en su libro "Maldonado y su región", se agrupan en derredor de la plaza el citado Francisco Aguilar, que recibió una y media manzana cuadrada y un solar; Dn. Juan Formoso y un señor Susbiela a los cuales les tocó un solar; Dn. Manuel Ildefonso Coello, poseedor de una cuadra cuadrada; Dn. Felipe Alvarez Bengochea, que habiendo pedido para sí toda la península recibió solamente media cuadra cuadrada para instalar un horno y otras dos medias cuadras cuadradas para asiento de la capilla.

Pero en aquel descampado todo siguió siendo silencio y caminar del viento, hasta que en plena Guerra Grande un prominente hombre de empresa, Dn. Samuel F. Lafone y su medio hermano Dn. Alejandro Ross Lafone, propusieron al Gobierno de Suárez — urgido por la amenaza económica del sitio de Montevideo — la compra de toda la península de Punta del Este en $ 4.500.

La escritura de dicha venta se efectuó el 24 de setiembre de 1843. Esta sería una de las tantas transacciones que realizaron ese año los Lafone con el gobierno presidido interinamente por Dn. Joaquín Suárez. Entre otras compras de terrenos en el recinto montevideano y en la zona de la Aguada, adquirieron, el 5 de enero, la cesión y traspaso por el término de doce años de todas las rentas, acciones y derechos sobre el mercado principal (a cambio entregarían la cantidad de 300.000 pesos pagaderos $ 35.000 en plata y $ 265.000 en créditos reconocidos contra el Estado); el 4 de abril, el derecho de la Pesca de Lobos por 10 años, abonando el precio de 100.000 pesos anuales (15.000 pesos en "plata sonante" y al contado y los 85.000 restantes en documentos contra la Aduana); el 1º de junio, la Casa de la Pólvora, en 1.000 patacones plata; el 6 de ese mismo mes, la manzana en la que estaba ubicada la Aduana y Administración de Correos con la edificación existente en ella por la suma de 300.000 pesos, pagaderos sesenta mil en plata y al contado, 100.000 en billetes Ministeriales a los cuatro meses y 140.000 en Letras de Gobierno con el pacto de retroventa por el término de dos años; el 23 de junio, por 1.500 pesos plata al contado, la Isla de Gorriti "que forma parte del Puerto de Maldonado"; el 7 de agosto, la compra de las partes no vendidas aún, de derechos de sellos y alcabalas pertenecientes al año de 1844 (1).

Al efectuarse la venta por el Estado a los Sres. Lafone y Ross Lafone de la Punta del Este, entre otras condiciones estipuladas en la escritura, se convino mutuamente en que en el lugar que se considerase más útil y conveniente, se reservarían cien o ciento veinte manzanas destinadas a la formación de un pueblo que sería delineado entre las partes contratantes. Se estableció asimismo que de la tercera parte que de cada manzana les correspondía a dichos compradores, darían en cesión perpetua a beneficio de las Escuelas Públicas de Maldonado de primeras letras, una cuarta parte de dicha área.

La mensura general de la península fue practicada por el agrimensor Francisco Surroca en enero de 1885 y aprobada un año después por la Dirección Gral. de Topografía, quien el 21 de junio de 1890 elevó al Ministerio de Gobierno el expediente concluido referente al deslinde, fraccionamiento y amanzanamiento del "Pueblo de la Punta del Este".

El sorteo de los terrenos se llevó a cabo en el despacho del Director General de Obras Públicas, ingeniero don Eduardo Canstatt el 13 y 20 de setiembre de 1890. Seis años después — el 2 de octubre de 1896 — el Gobierno, de acuerdo con el Ministerio Fiscal, resolvió autorizar a la Junta para proceder a la venta de solares de propiedad municipal, "debiendo invertir el producto de las ventas que se realizaren en mejoras del mismo pueblo donde están ubicados los referidos terrenos". Pueblo aún inexistente, donde el largo índice de luz de su centinela luminoso erigido en 1860, sólo iluminaba las sombras del hotel de Dn. Pedro Risso, que desde 1893 albergaba a turistas uruguayos y argentinos, de la Aduana, la escuela, cuya primera maestra fue Dña. Matilde Rivero de Mrak, y de otras modestas edificaciones que seguían el ejemplo del uruguayo Dn. Vicente Ortega, que edificó allí, sobre los áridos médanos, el primer chalet.

CON CLARA VISION DE FUTURO

El 24 de junio de 1898 Dn. Juan M. Gorlero — que fuera siempre activo propulsor de Punta del Este — dirigía el esperanzado oficio siguiente al Ministro de Fomento Dn. Jacobo A. Varela: (2)

"...desde 1843 esa importante península llamada a un gran porvenir especialmente como punto balneario y de pesquerías, por su situación sobre la costa del Atlántico, sigue estando completamente abandonada, y no hay en ella una casa edificada en terreno propio.

El Decreto a que se refiere el S. G. en su resolución de 1896 en su Art. 4º establece que las Juntas no pueden vender más de un solar a cada persona hasta pasado cuatro años de poblado éste.

Desde hace algún tiempo se ha despertado gran interés en personas de la República Argentina, Montevideo y Minas, por venir a los baños en esta costa y a la vez, por adquirir terrenos con el objeto de edificar en ellos algunas casas de veraneo; pero la falta de un hotel en esa localidad ha dificultado la afluencia de bañistas.

Un fuerte capitalista de Montevideo está interesado por adquirir mediante el pago de su importe, unos cuantos solares reunidos, con el propósito de establecer en ellos un hotel y agregados, como tambo y recreos. Al mismo tiempo iniciará propaganda en la Argentina y Montevideo para que concurran las familias y se haga de moda el pueblo balneario a formarse en la "Punta del Este", pero no se puede acceder a su solicitud porque el Decreto antes mencionado lo prohibe.

Ante la especialidad del caso, y ser de notoria conveniencia dar impulso y facilidades y valorización de esa zona, podría esta Corporación ser autorizada, excepcionalmente, por el S. G. para poder vender de a más de un solar, en ese pueblo, que aún no tiene una sola casa y siempre que sea al solo objeto de la instalación de establecimientos de la importancia y apremiante necesidad del que he mencionado u otros de índole semejante.

Obtenida esa autorización, tengo la seguridad de que en un plazo de dos años, tendremos en estas costas del Este un nuevo pueblo que dará nombradía y movimiento a esta zona y al Estado rentas importantes; sin ella, la península de la Punta del Este, seguirá siendo como hasta ahora, un desierto".

Recién, con posterioridad al fin de la contienda civil de 1904, Punta del Este iniciaría su marcha hacia su destino de constituirse en una de las más importantes capitales veraniegas del mundo. Seijo afirma que en 1905 se produjo un asalto de solares: 177 se solicitaron.

Otra noticia nos viene por los caminos de esta breve nota publicada en EL DIA, en su edición de fecha 10 de febrero de 1906: "La circunstancia de ofrecer Punta del Este del departamento de Maldonado, condiciones insuperables para el veraneo, ha determinado a un grupo de progresistas ciudadanos a formar la Sociedad "Balnearia del Este", cuyo principal objeto es el de instalar un hotel casino.

Los estatutos de esa sociedad se hallan ya confeccionados y serán presentados en breve a la aprobación del gobierno.

Se invertirán en la obra alrededor de 10.000 pesos oro. Formarán parte del directorio, entre otros, los señores doctor Félix Egusquiza, Nicolás Mihanovich, Juan Maffiolini, capitán de Navío G. Núñez y doctor Leyguarda.

Se tiene la promesa de que antes de un año se concluirá la formación del mencionado balneario, que dadas sus proporciones, hará de "Punta del Este" una bellísima estación balnearia, que vendrá a aumentar el número de las obras de aliento llevadas a cabo durante la actual administración".

ALLA POR EL 1907

Entre los periodistas que vinieron a "descubrir" Punta del Este, el Dr. Samuel Blixen escudado en su seudónimo de Suplente, dejó en varias notas un fiel reflejo de las costumbres de la época (3).

teniendo por fuente de inspiración de sus disposiciones las indianas, justamente aquellas con que fueron, en igual medida agraciados sus mayores. El solar recibido v. gr. por su abuelo Juan Antonio Artigas en la incipiente Montevideo, era de 25 varas de frente.

En lo que toca a la iglesia, dice Artigas: "Para la iglesia se destinará un lugar aparente en la misma plaza, de un cuarto de cuadra o más, si se creyese necesario". El templo, también frente a la plaza — como casi todas las poblaciones —, y desde luego en su ciudad natal, sin la calleja que prescribían, no obstante, las Leyes de Indias precepto que se cumplió, por ejemplo en Concepción de Minas.

Estatuye el decreto artiguista lo relativo al solar destinado al asiento de las autoridades de la Población, y dice: "...y otro para la Comandancia o Casa de Gobierno que deba instituirse en lo sucesivo, poniendo allí provisionalmente la Cárcel".

La plaza del pueblo de las Vacas, seguirá siendo como en la época colonial y al decir de un distinguido historiador chileno, EL CIRCULO MAGICO, papel que aquí desempeña cabalmente. Frente a ella estarán según acabamos de ver, la Iglesia y la Casa de Gobierno, y desde ella, erigida en algo así como sin más obligación que el de poblarlo en el término perentorio de cuatro meses contados desde el día que se le expida la gracia, en cuyo tiempo si no hubiese poblado el terreno podrá ser donado a otro cualquiera que después de aquella fecha lo denuncie". Vemos que aquí tiene plena aplicación los derechos que emanan de la *ciudadanía americana:* "SIENDO AMERICANO SIN MAS MERITO QUE PRESENTARSE".

Y en cuanto al resto de la disposición, Artigas ha bebido otra vez en las fuentes españolas, y a igual que en ocasión de la fundación de Belén — 1800 — Batoví — 1801 — y el plan de Poblaciones confiado al teniente coronel don Francisco Javier de Viana en 1805, pone limitaciones al derecho de propiedad concedido, y exige el poblamiento en un lapso perentorio, según norma antigua e inveterada del derecho hispano.

Es cuando dice: "...ninguno de dichos terrenos donados podrá ser vendido, permutado, ni afianzado en cobro de alguna deuda hasta que la Provincia no delibere lo conveniente después de su arreglo general".

Digno heredero y notable continuador de la política de colaboración entre pueblo y autoridad, según se practicó ampliamente en el indiano vivir de nuestras Poblaciones orientales. Artigas dispondrá por mismo Pueblo; por lo mismo cuidará que los escombros y ruinas que se hallan en ella se apliquen a la construcción de la iglesia, según lo pide el vecindario y lo demás se conserve ileso para el aumento de tan útil establecimiento".

Este importantísimo extremo reclama una crónica especial y así lo haremos en oportunidad.

La representación del vecindario de Víboras, ***DOCUMENTO PARA LA HISTORIA.*** Así fue considerado por Artigas. Le dio este valor diciendo: "Para constancia de todo lo cual se conservará éste — el decreto del 12 de febrero — archivado con la adjunta representación del vecindario COMO UN DOCUMENTO CALIFICATIVO DE LA RESOLUCION".

Cometido del Alcalde de Hermandad del Partido de Víboras. A tono con lo prescripto por Artigas, el honroso e importante cometido de ubicar geográficamente el Pueblo, amanzanarlo, señalar solares y chacras y darlos a los vecinos de Víboras y a todo americano que se presentara pidiéndolos, estaba confiado por el decreto al Alcalde de Hermandad del Partido. Y parecía — de acuerdo al resultado de las elecciones — que a través de esa decisión popular y eminentemente democrática, la historia señalaba a un distinguido hijo del solar — Ignacio Barrios — para cumplir tan hermosa como trascendente tarea, secundando los nobles propósitos de Ar-



La Calera de las Huérfanas.

jalón histórico, se tomarán las distancias, se amanzanarán y se distribuirán las distintas suertes de parcelas para chacras. Véase lo que al respecto dice Artigas: "En el contorno de un cuarto de legua de la plaza no se dará más que un cuarto de cuadra a cada vecino y de ahí en adelante se le dará al que no tenga tierras, seis cuadras para chacras de arboleda o siembra de granos".

¿Quiénes podrán poblarse en el nuevo Pueblo? Ya tenemos pues, programado un pueblo siguiendo un plan edilicio; nada de desorden, según lo que acontecía en Víboras tal cual nós la describiera el Pbro. Larrañaga a su pasaje por ella. Y en este ordenado damero de solares y de chacras, ¿quiénes estarán? Antes — lo hemos visto — hallándose en terreno ajeno, dependía de la voluntad y consentimiento del dueño, el permitir que se poblasen nuevos vecinos junto a la capilla de los Remedios. Ahora, desde el 12 de febrero de 1816, rige que: "Cada individuo — dice Artigas — que quiera poblarse, siendo americano, sin más mérito que presentarse, se le concederá el terreno que pida según la distribución antedicha. Para ello, el Alcalde del Pueblo le dará gratis un papel de seguridad del terreno donado, último:

"En este orden procederá el Sr. Alcalde de las Víboras con su vecindario a formar el nuevo Pueblo, contribuyendo cada uno por su parte, a su engrandecimiento, y, con su eficacia, al progreso". Y véase lo que agrega, sin solución de continuidad: "para lo cual cedo a beneficio del mismo Pueblo la Calera de las Huérfanas".

Tenía Artigas en verdad antecedentes valiosos que no olvidó, como buen patriota y excelente estadista y gobernante. Cevallos le había entregado a la villa de San Carlos parte de la estancia del Rey de José Ignacio como tierras de pan llevar; el vecindario pobre de la ciudad de San Fernando de Maldonado gozó durante cierto tiempo de un porcentaje del producido en la faena de lobos marinos y, además, entre otros, ¿no eran acaso de uso común de todo vecindario los montes próximos a los pueblos?

Indudablemente estaban en su mente tales y valiosos antecedentes indianos, cuando el Prócer, estatuye a renglón seguido de lo precedentemente transcripto, que: "Para cuyo fin pondrá el señor Alcalde un vecino honrado que vele por su conservación y que su producto se dedique a beneficio del tigas, y satisfaciendo a un tiempo los justos y viejos anhelos del vecindario de Víboras, que tocaban por su proyección, los fundamentales y generales de la Provincia Oriental. Empero, y lamentablemente no fue así. Ello y las dolorosas circunstancias calificantes de la conducta del electo Alcalde de Hermandad, surgen con precisión del texto de un oficio dirigido al Juez interino don Pedro José Cepeda por el Cabildo Gobernador de Montevideo, en el que textual, se dice:

"Ha sido en sumo grado escandalosa la conducta del expureo americano Ignacio Barrios. En el momento de contemplar que sus conciudadanos le investían el cargo honorífico de Juez, debió transportarse de gratitud hacia ellos; pero al contrario, demostró en su fuga, una apatía criminal. Lejos de los orientales entes tan diminutos".

Era por entonces 9 de marzo de 1816. Se cerraba así para Víboras, para la decretada Población de Vacas y el propio hijo del solar don Ignacio Barrios, un capítulo realmente doloroso.

Florencia ***FAJARDO TERAN***

(Especial para EL DIA)

CARMELO EN SU SESQUICENTENARIO

CON el decreto del 12 de febrero de 1816, el Prócer daba *nacimiento en el plano de lo legal,* al nuevo pueblo del arroyo de las Vacas; pero su formación material sufrió una accidentada gráfica, según después veremos.

Ello, por otra parte era muy explicable, dado que los meses y años a devenir estuvieron cuajados de dificultades y de problemas. Ellos dejaron poco margen al Prócer y a los orientales mismos, para entregarse a tareas de paz. De preferencia todos los esfuerzos debían orientarse hacia la actividad bélica para salvar a la Patria amenazada.

El petitorio de los vecinos actualizaba un viejo pleito. En realidad los vecinos de Víboras renovaban ante la autoridad de Artigas una antigua solicitud —con carácter de litis— que el cura Casimiro de la Fuente en nombre del vecindario que rodeaba a la capilla y de los espirituales que ésta representaba, había sostenido con calor y encomiable celo ante la autoridad virreinal.

Por intermedio del Dr. Melchor Fernández, instituido luego apoderado, a cierta altura de los procedimientos, no vaciló en exponer ante el Virrey, el desigual trato procesal que ambas partes —la que él representaba y la otra, don Melchor de Albin— habían recibido de aquel alto jerarca.

Es bueno recordar algunos párrafos.

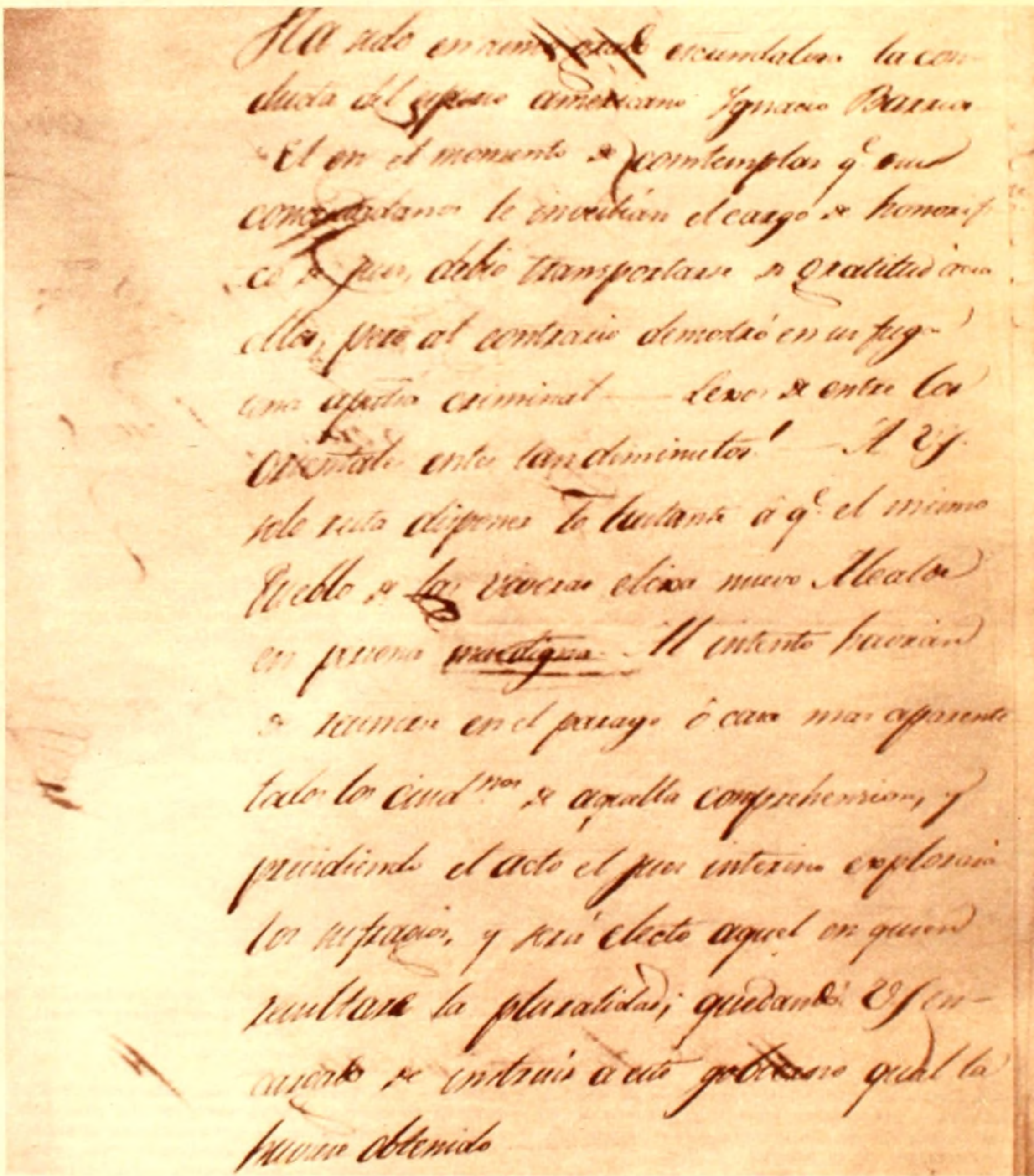
Después de decir el Dr. Fernández que Albin ha dejado vencer plazos y prórrogas sin haber contestado el traslado, expresa: "...Se ha pasado con exceso los términos que para contestar tiene prescriptos el derecho; se han acusado sucesivamente dos rebeldías". Agrega luego: "Ya son insufribles Sr. Exmo. estas demoras; el asunto por su naturaleza al paso que es de los más obvios, es de los más privilegiados por nuestras leyes y que exige la más pronta determinación. Don Melchor de Albin parece que trata de abusarse de la condecendencia con que se le ha mirado por V. E., concediéndole repetidos términos sin ceñirse a la estrecha disposición de nuestro derecho; ya estamos en el caso en que su morosidad se ha hecho sospechosa, demostrando un particular interés en el entorpecimiento de este asunto, y por lo mismo se hace acreedor a que se le haga sentir todo el rigor conque tratan nuestras leyes a los litigantes contumaces y rebeldes".

"Interesando a la felicidad común el progreso de los Pueblos" y considerándolo *un deber* según lo dice el Prócer en la parte general de su decreto de 12 de febrero, logró el vecindario, de inmediato a su petición, la autorización pertinente para su traslado al puerto de las Vacas, junto al Uruguay.

Desde aquel primer petitorio del cura de la Fuente y su denegación, había corrido una década larga de historia.

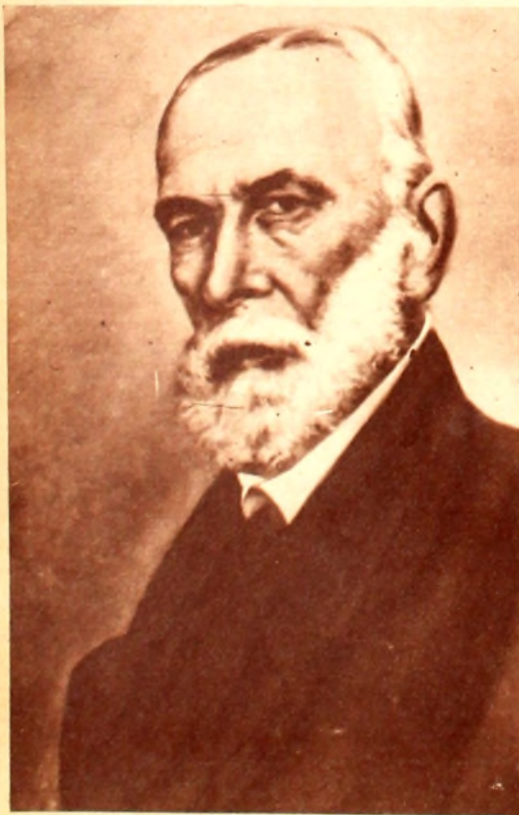
Y ahora —año 1816— cuando la Provincia estaba libre y se encontraba al frente de sus destinos nada menos que nuestro Prócer abanderado y ejecutor a un tiempo, desde la época colonial de la buena y justiciera política que se había practicado en cuanto a distribución de tierras y formación de pueblos, los términos, justamente se invertían. Máxime además que "los Albín" —Melchor y Francisco— eran acérrimos opositores del "sistema" y auténticos representantes del hacendado que fue a la

Ya comenzaba a apreciarse el contraste con aquel cuadro que nos describiera el párroco de la Fuente, expresando: "...La situación de aquel Pueblo no puede ser Sr. Exmo. más infeliz. En primer lugar se halla situado en terreno ajeno, quedando al arbitrio de su dueño permitir o impedir se pueblen nuevos vecinos que llenen el lugar de los muchos, que con los tiempos, o fallecen o, acosados por tanta necesidad, lo abandonan. Agréguese a ésto —sigue diciendo— que aquel Pueblo por su corto recinto no podrá jamás tomar incremento alguno, como no lo ha tomado en más de cuarenta años que tiene de



Ha sido en [illegible] escandalosa la conducta del [illegible] americano Ignacio Barrios. El en el momento de contemplar q. sus comprovincianos le confirieron el cargo de honor... de Juez, debió transportarse de gratitud [illegible] ellos, pero al contrario demostró en su fuga con aspecto criminal lexos de entre los Orientales entes tan diminutos! A V.S. sólo resta disponer lo bastante á q. el mismo Pueblo de las Víboras eleixa nuevo Alcalde en persona ~~[illegible]~~. Al intento hará V. reunir en el paraje ó casa más aparente todos los ciudad.nos de aquella comprehensión, y presidiendo el acto el Juez interino explorará los sufragios, y será electo aquel en quien resultare la pluralidad; quedando V.S. encargado de instruir a este gobierno qual la hayan obtenido

Fotografía del documento de 9 de marzo de 1816.



Don Ignacio Barrios, que protagoniza el episodio que se relata en esta crónica.

revolución meditando que ésta se haría para favorecer en exclusiva forma sus fines egoístas y particulares de gremio privilegiado.

Empero, los propósitos e ideas de Artigas, como gobernante, eran muy otros. El se proponía continuar con la buena política agraria comenzada a practicar por funcionarios y jerarcas del gobierno indiano en el Rió de la Plata; política que iba en camino de triunfar ampliamente en el instante mismo en que estalló el movimiento revolucionario del año diez.

Uno de los puntos que aquélla y el Prócer se proponían, era el de la formación de pueblos. ¿Cómo rechazar entonces el petitorio de los capilleros?

Por eso dice Artigas: "...He resuelto conceder el permiso para dicha Población y deseando su aumento, y estimular el vecindario, por este deber me ha parecido conveniente señalar una legua y media como ejidos pertenecientes a aquel Pueblo".

población; antes, de día en día, se nota un deterioro notable"

Contrariamente a este panorama de desolación y miseria, el decreto artiguista le ponía junto a los ríos navegables —Uruguay y Vacas— le daba un puerto, y un amplio terreno donde podría con holgura asentar con libertad a número crecido de vecinos.

Allí ahora, tendrá por suyos, tierra y puerto. Y en cuanto a aquéllas, no sólo las de Albín, según veremos.

Otras disposiciones. Después de fijar el ejido, determina Artigas que "A cada vecino se le dará un cuarto de cuadra, debiendo constar cada cual de éstas, de cien varas, de manera que en cada cuadra, se acomoden cuatro vecinos".

Vale decir, que el frente de cada solar sería de 25 varas. Es digno de destacar que Artigas continúa



Vista parcial de Konya: en primer término, la Mezquita del Sultán Selim; al fondo de la tumba de Mevlana, con su extraña cúpula esmaltada en verde turquesa y oro.

tico y parece cierto que pueda fecharse por el tercer milenio a. de C.

Fue parte del dominio hitita y primera gran aglomeración urbana de los frigios. Estos aseguraban que Konya apareció la primera, surgiendo de las aguas, después del Diluvio. Puede no ser cierto; pero la creencia es hermosa y otorga al sitio un nimbo especial. Sus restos mantenidos no recuerdan, en forma clara y eficaz, firme, evidente, el tal capítulo. Ni los que corresponden al pasaje de los cimerios, los asirios, lidios y persas. Konya tampoco importa mucho como documento helenístico o romano. Naturalmente, hubo de ser asiento para la prédica de San Pablo y San Bernabé; y obtuvo preponderancia cierta en la etapa bizantina. Pero el gran momento de su historia comienza, para nuestro interés directo, con la presencia de los turcos seljúcidas que, después de saquearla la elevaron a capital de sultanato. Los grandes monumentos que aún subsisten, con o sin transformaciones, datan de dicha época, posterior al trance destructor de los cruzados, en el reinado de Ala et Tin Kaykobat por los principios del siglo XII. Luego, ocurrió el pasaje de las tropas de Federico Barbarroja; más tarde, el de los mongoles, que tanto demolieron como crearon. En el siglo XV, el sultán Mehmet II, conquistador de Constantinopla, la anexó al imperio osmanlí. Y es hoy, una de las ciudades más importantes de Turquía.

El pasado, la tradición pura, coexiste sin esfuerzo con la realidad presente. Y si sus habitantes se sienten orgullosos, —aparte de lo que para ellos significa mantenerse en el sitio de Mevlana—, por los parques y arterias de tránsito, por su vigor y actividad, pueden poner énfasis, también, en el hecho de que la ciudad mantiene algunos de los monumentos efectivamente singulares de aquella etapa seljúcida; que no son muy frecuentes; que no abundan, que no siempre logran la entidad que allí adquieren. Es muy hermosa la perspectiva que se descubre —y que se magnifica al anochecer— desde lo alto de la urbe, una especie de acrópolis que contuvo la ciudadela antigua. Pero, aparte de restos de bastiones y palacios, muy cuidados, importa sobremanera la mezquita de Ala et Tin (Alaeddin) del siglo XIII. Fue levantada por el árabe Mohamed ben Kjaulán y sigue el trazado de los santuarios sirios. Su interior es de los más vastos y extraños en Turquía. Porque el bosque de soportes aislados que sostienen el techo, recuerda a Damasco y a Córdoba, sin que se suponga, siquiera, relación directa de diseño u organización formal. Pero, sobre todo, porque la mayor parte de esas columnas son irregulares, distintas entre sí. Provienen de otros edificios anteriores y reúnen, con gracia, con increíble equilibrio ordenado, fustes y capiteles de origen romano y bizantino, francamente dispares. La propia belleza unitaria de las partes se constituye en una belleza nueva, inédita, afirmativa. Más destacada por la severidad del cubrimiento del piso; muy contrastada con el rico mimbar en madera, auténticamente arábigo.

Hay otras obras o restos de arquitectura del mismo tiempo, quizá más representativa del período; nunca tan impresionantes, tan dignas, tan solemnes, tan cuajada de sentido religioso. Con ellas se complementa la visión de una etapa poco difundida: me refiero a la Büiiük Karataí Medressé, escuela de teología coránica, cuyas cerámicas esmaltadas son obra de hermosura sin par; también a la Inye Minaree Yamii (la mezquita del minarete esbeltísimo), bastante dañada por el tiempo. Aun cuando el tal minarete fue parcialmente derruído y no parece tan alto, sostiene la elegancia que le es propia; y el conjunto, en reconstrucción y parcialmente museo, posee algunas de las soluciones cupuliformes más audaces de cuantas se pueden documentar en este período de la Edad Media.

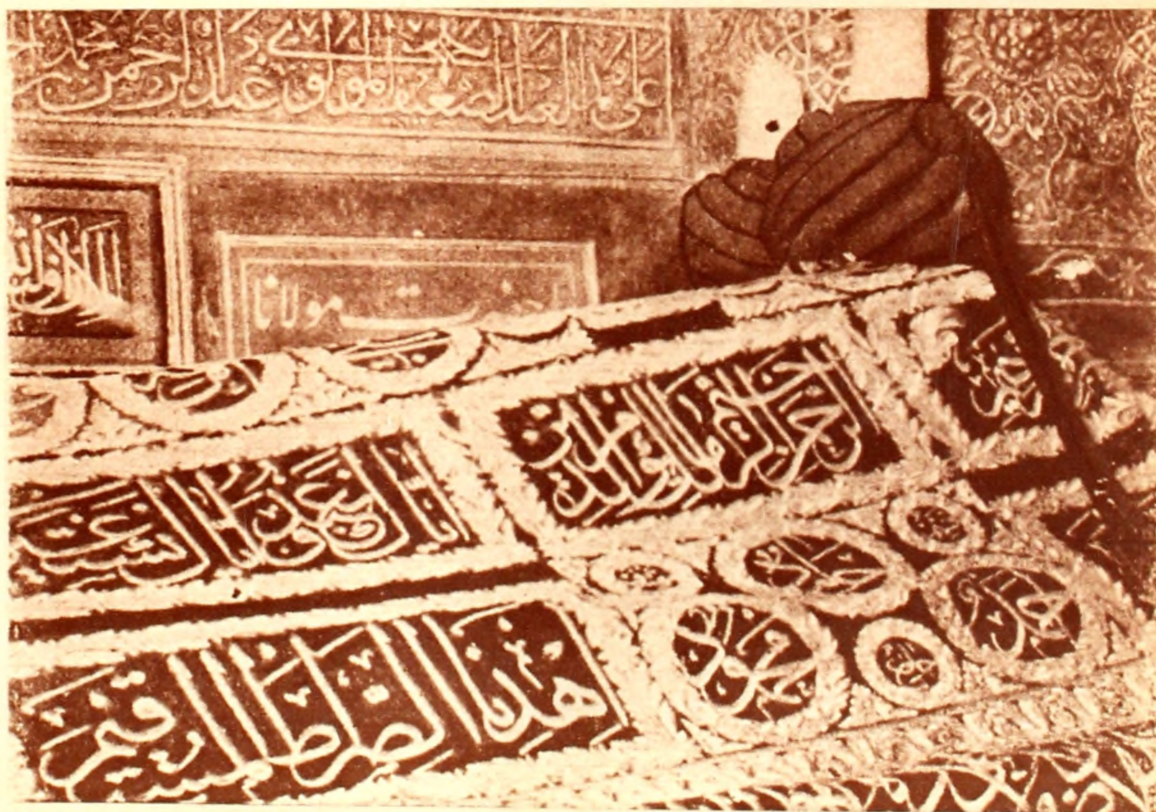
Pero, nosotros no solemos estudiar la Edad Media desde el Oriente; esa es, de todas maneras, una revisión comenzada. Y cuando se extienda el procedimiento de análisis —que no podrá obviarse más— Konya pasará a ocupar lugar destacado en la atención del estudioso. Ya lo es para éste; lo es para el peregrino musulmán; lo es para el viajero cualquiera que puede compartir, en su aventura emocional, un escape al pasado, sin salir de la actualidad, pues todo es uno. Y si esto pudo ser problema, o es incongruencia, ya está resuelto, sin que se sepa cómo. Ni importe, al fin, descubrirlo, analizarlo.

Arq. F. GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



Tumba del padre de Mevlana, ejemplo exquisito de ornamentación con grafismos.



Detalle de la tumba del poeta místico, con sus paños bordados en oro.

KONYA

LA CIUDAD DONDE VIVIO MEVLANA



Un derviche danzante. Maniquí en movimiento de los que se exhiben en el Tekke de Mevlana.

LA mayoría de los centros urbanos conocidos, destinan parte de su esfuerzo realizador para emplazar y erigir monumentos a sus héroes militares y civiles, a los símbolos de su historia y su grandeza política. En ciertos países musulmanes en vez de ese tipo de esculturas y edículos, se presta atención marcada a la exaltación de los poetas; y tienen varios muy grandes. Naturalmente, también se interesan por reverenciar personalidades religiosas o mandatarios píos; levantan mezquitas, santuarios, escuelas de teología, tumbas, que se construyen por la iniciativa y unción de los sultanes o sheiks o se destinan a guardar los sacros restos de santones y profetas o a perpetuar el nombre de ciertos gobernantes ejemplares.



La llamada "Copa de abril" donde se toma el primer mosto de la vendimia. Cobre trabajado con oro y plata. Siglo XIV.

Mohamed —el llamado Mahoma por nosotros—, gran constructor del Islam, impuso directivas iconoclastas muy claras, siguiendo de cerca, en ese aspecto, el ejemplo judío. Pero aun cuando los musulmanes son respetuosos al extremo del texto coránico y de las disposiciones del inteligente Profeta, es falso que se haya eliminado de los lugares donde se practica dicha religión, a toda versión figurativa. Entre los shiítas —la secta más ortodoxa, más cerrada y exigente— el retrato de Alí se difunde naturalmente. Las miniaturas persas tienen tradición muy larga y sigue su práctica. En cuanto a la escultura, recordemos las de Irán y las de España mora, entre otras.

Turquía aparece como país aparte, en el conjunto de grupos orientales. La Nueva Turquía es constitucionalmente laica, pero muy religiosa en la práctica. Las estatuas de Kemal Ataturk —no dignas plásticamente, de la grandeza del constructor de mundo tan excepcional— abundan doquiera. Y doquiera están cubiertas de flores frescas, renovadas siempre por los humildes y los grandes. Pero hay otros antecedentes; los otomanos ya habían llamado en el siglo XV al veneciano famoso, Giovanni Bellini para retratar a uno de sus sultanes; este cuadro integra la galería de imágenes antiguas de monarcas del pasado que hoy se exhibe en el Serrallo de Estambul.

De todas maneras, la gran producción artística musulmana se ha dado, por siglos, dentro de las letras; por lo que con ellas se dice; por lo que vale el grafismo de alcance decorativo. Y corresponde señalar muy especialmente, a los poetas. Para ellos, para los efectivamente grandes entre mayores, se guarda el recuerdo en parques o edificios monumentales. Los he visto en Shiraz; también en la región turca. Es, en general, un enterratorio, poblado de silencio, tendido a otra instancia del culto.

Si hoy me refiero a Mevlana, seleccionándolo de entre la serie no muy larga, pero excelsa, de artistas consagrados, es porque quiero volver con ustedes a Konya, guiado por el recuerdo. No nació en esa ciudad; pero allí se sitúa, allí vive y produce. El personaje es excepcional; sigue siéndolo. Y merece el monumento espléndido que tiene, en mérito a su individualidad única, a las virtudes de su pensamiento. Indudablemente, justifica el culto que hasta hoy se mantiene hacia él, y provoca complejos festivales cada año. A ellos concurren devotos del mundo entero. Mevlana fundó la orden de los derviches danzantes. Pero, por sobre todo, es el místico incomparable, que trasciende fronteras y no conoce los límites del tiempo. Estuvo tocado, efectivamente, por la gracia divina y se constituyó en el intérprete altísimo de un mensaje inundado de confianza y amor. Sus libros se han traducido a todas las lenguas (pero no conozco versión española); en ellos se exalta la vocación virtuosa del hombre, su aptitud más auténtica y firme: la relación afectiva, sin reservas. Las ideas del lírico iluminado se adelantan con mucho a las más sesudas y ambiciosas declaraciones de unidad espiritual. El mundo es uno solo; el hombre es bueno; lo alteran los prejuicios de raza, de creencias, de superioridad. Todo ello será anulado por la buena voluntad, por el efecto más puro, por la comprensión, por la búsqueda intencionada de esa comunidad, que comienza en el alma, volcada a recibir y dar. Lo místico domina; y es en el éxtasis de una elevación voluntaria y digna que llega a definirse la fusión honda, la totalidad del ser y de los grupos humanos. Claro que las palabras de Mevlana no son declaraciones estructuradas, ni programas de actividad regidas por comités políticos. Se expresa por medio de las formas más bellas, por el léxico más rico, por la dulzura de las imágenes.

Y no se limitó, en su tiempo, a escribir; predicó con el ejemplo. Su vida fue un modelo; sigue, con ella, la grandeza ejemplar del padre. Fundó una escuela donde difundía aquellos ideales y practicaba un modo de existencia. Crea, al mismo tiempo, como adelanté, la orden de los derviches danzantes; sus componentes entraban en el éxtasis, en la elevación, por la práctica de un baile de giros continuados, cada vez más rápidos; el vértigo se apodera de ellos al fin; un fin prolongado hasta la extenuación. La música repetida, golosa y rítmica, —que se conserva— afirma y orienta la danza-comunión, cumplida en el recinto de lo que hoy es la "Tekke" de Mevlana, el monumento más impresionante de Konya. Se halla emplazado muy cerca de la Selemiye Yammi, mezquita levantada por el Sultán Selim II, en el siglo XVI, cuyo pórtico elegante está dentro del diseño renaciente occidental.

La "Tekke" o Convento de Derviches es un conjunto muy amplio, transformado en Museo Islámico después de la reforma de Mustafá Kemal. Una extraña cúpula apiramidada, sobre alto tambor cilíndrico compuesto de series de semicilindros esmaltados en verde, se empina sobre el mausoleo del poeta místico y domina el conjunto, incluyendo su minarete, aparente rival volumétrico. El patio, exquisitamente enjardinado, la mezquita con puerta de cedro que se levantara en el tiempo de Soliman II, el patio —"simahane"— de danzas rituales, los pórticos, habitaciones y cenotafios, constituyen el complejo ámbito. La condición museística del sitio permite exhibir, en ella, aparte de los lugares históricos, colecciones fabulosas de cerámicas, vidrios, coranes, textos, tapices, bordados, tejidos; y una reproducción de los derviches danzantes bailando en giros sin fin al ritmo de la música grabada. La orden se pervirtió con el tiempo; tuvo otros ámbitos de acción —incluyendo Estambul— y se politizó peligrosamente; su disolución fue necesaria y conveniente.

Pero si el lugar es museo, también sigue siendo tumba de Mevlana y de su augusto progenitor. Para los creyentes musulmanes del mundo entero, para los seguidores de las ideas del poeta, para sus admiradores incondicionales es, entonces, más que museo, lugar de peregrinaje, que se cumple diariamente, con unción.

Las tumbas musulmanas son grandes catafalcos, con o sin estela recordatoria escrita. Siempre mantienen, en lo alto, una o más formas de turbante, que puede ser pétreo o de paño y que, por su calidad y disposición, establece la condición del muerto. Difícilmente podrá describirse con palabras el lujo que ostenta la tumba de Mevlana, cubierta de pesadas telas bordadas, en un ambiente de cerámica verde, con piso pulido y grandes arañas de cristal. Más sobria aparece la del padre; pero ella se considera como uno de los ejemplos realmente exquisitos de la ornamentación por texto ordenado y calidad de material, por el diseño caligráfico y equilibrio de las proporciones.

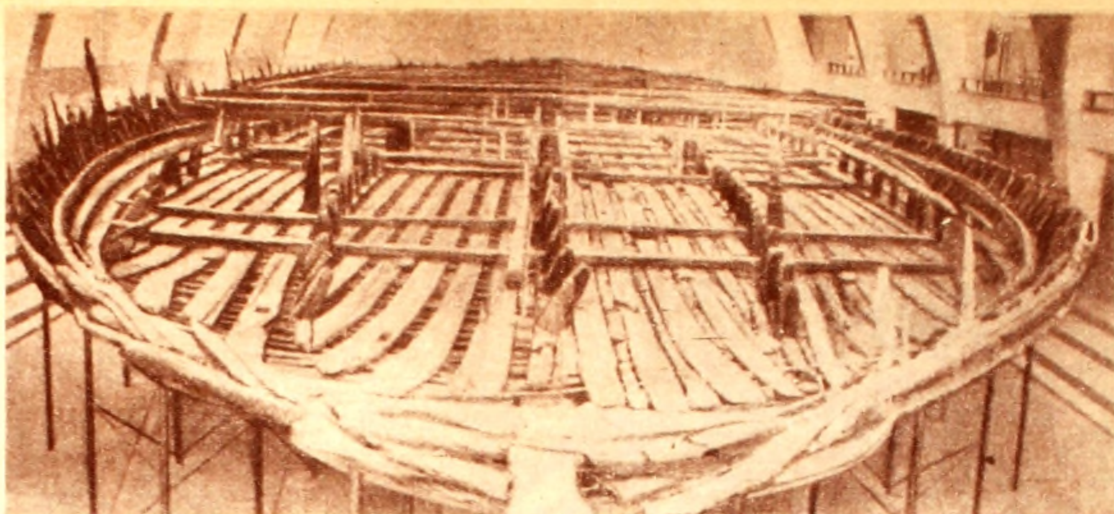
Claro está que la fama de Konya no se limita a la existencia de esta *"Tekke"* ni al prestigio —que pareciera bastante— reflejado sobre ella por la presencia legendaria del gran místico. Tiene otros monumentos; recoge, con ellos, el proceso amplio, el más complejo también, de la historia otomana. Y, por si fuera poco, es sitio famoso por un tipo particular de "kebab". No sólo de espíritu vive el hombre; y esto lo saben bien varios poetas árabes que cantaron al placer del vino y al gusto refinado por las delicias del paladar. Una cosa es el precepto islámico; otra, la inclinación natural al goce. Y el poeta se arroga una libertad que el simple mortal no tiene. No se crea, de todos modos, que el *"kebab"* de Konya mereció —a lo que yo sé— elogios poéticos o alguna forma epopéyica de exaltación. Simplemente ha logrado prestigio que trasciende. También se conocen las "lokantas" (restaurantes) donde mejor se realiza; y, cuando se va a Konya nadie se priva de gustarlo. El tal "kebab" es una forma de carne asada. Carne de carnero, grasienta, con tufillo que no siempre agrada al occidental; se come con pan turco, en láminas gruesas, muy esponjosas, sin ninguna clase de cubiertos, ayudándose con las manos. Y es distinto en absoluto a los otros tipos de asado: el "dönner" kebab, por ejemplo, extendido también a los Balcanes: carne en láminas, alternadas con otras de grasa, que se superponen en pirámide invertida para cocinar a las brasas en un instrumento vertical que rota. (*Dönner* quiere decir tornante) y del que se van cortando, con un cuchillo muy afilado, la superficie externa. Los trozos se recogen en platos y pueden y suelen mezclarse con leche ácida y pan; es buena cosa.

Pero dejemos esta digresión culinaria; no es que la tenga en menos. Importa, porque forma parte de un modo de vida y constituye cierta base folklórica. Por otra parte, todas o casi todas las modalidades de la cocina árabe derivan de la turca, gran y orgullosa maestra en este orden, dentro del mundo musulmán.

Lo que ocurre es que, por lo menos, debo referirme a varios monumentos, a otras razones de destaque mayúsculo en la ciudad. Su origen es calcoli-



Monte de los primitivos Latinos.



Parte inferior del casco de la mayor de las dos galeras romanas extraídas del lago de Nemi. Destruidas durante la última guerra, las galeras fueron reconstruidas a la escala 1 a 5 y se conservan en el Museo de Nemi.

LA RAZA LATINA

udades del Lacio eran colonias establecidas por Al-ilonga. La cual —dice la leyenda— fue fundada or Ascanio, hijo de Eneas, en el siglo XII a. C. y estruída —agrega la tradición— por Tulo Hostilio, ibino y tercer rey de Roma.

Después de la destrucción, sus habitantes fueron asladados a Roma y Tulo Hostilio dispuso que se tablecieran sobre el Monte Celio; allí se veneraron s dioses extranjeros y allí estaba el "Campo de los xtranjeros", porque los Latinos en Roma eran ex-anjeros —*adventici*—; ellos constituyen la Plebe, s Sabinos son los Patricios, los *Patres*.

Muchas familias de Albalonga se encontraban ntre los nuevos habitantes del Celio; una de ellas ra la familia Julia de la cual un día debía salir ayo Julio César. Tulo Hostilio ignoraba que intro-ucía en Roma los antepasados de quien estaba estinado a derribar la autoridad del Senado, here-ero de los soberbios patricios sabinos.

Pasan ciento cincuenta años; Albalonga no existe ás porque nunca fue reconstruída, pero existe una ormidable Confederación Latina aliada de los Etrus-os, y Roma debe enfrentarla. Es el año 497 a. C.; l Lago Regillo —un lago situado en la vertiente orte de los Montes Albanos y que ha desapare-ido— es testigo de la furiosa batalla entre Roma-os y Latinos. Los primeros —narra la leyenda— btienen la victoria gracias a la intervención de Cás-or y Pólux, los dos gemelos hijos de Júpiter y de eda, quienes aparecen cuando la lucha es más re-ida, combaten armados y a caballo al frente de las egiones romanas y, después de asegurarles la vic-oria con su celeste presencia, llevan con increíble elocidad la noticia a Roma, abrevan sus caballos n la Fuente de Iuturna, al pie del Palatino, y des-parecen tan misteriosamente como habían aparecido.

Todo esto, repetimos, lo afirma la leyenda, pre-ursora de otros relatos muy posteriores de celestes pariciones. Pero la Historia, menos fantasiosa que leyenda, dice que cuando el éxito de la batalla ra incierto, Aulo Postumio, el general romano, pro-etió elevar un templo a Cástor y Pólux si la suerte e hubiese sido favorable. La muerte de Aulo Pos-umio le impidió cumplir el voto y lo cumplió el ijo en el 484 a. C.

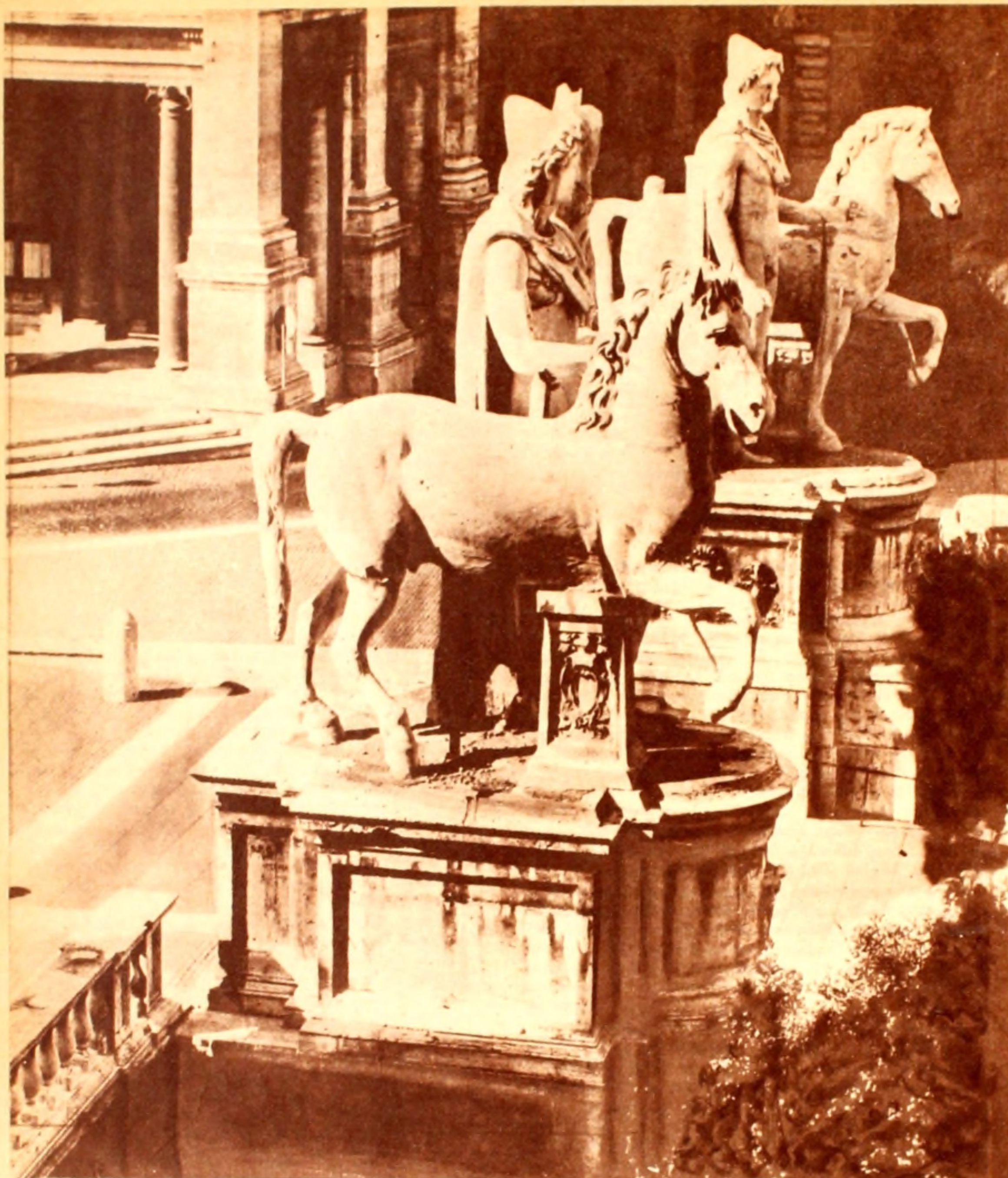
El templo fue reconstruído cuatro veces a través e centenares de años; la última reconstrucción se tribuye al emperador Adriano y a ella pertenecen as tres columnas supérstites que forman el grupo ás característico del Foro y que recuerdan la vic-oria de Aulo Postumio, el recio general sabino, en cuna antiquísima de la raza latina.

Y la casualidad dispuso que frente a estas tres olumnas estén los restos del templo erigido durante l año 42 a. C. a Cayo Julio César, el descendiente e los antiguos latinos que Tulo Hostilio estableció n el Monte Celio. Como si las mismas piedras qui-eran unir por los siglos a las dos razas otrora ene-igas y que, juntas, forjaron la grandeza romana.

Ing. Enrique **CHIANCONE**

(Especial para EL DIA)

Las columnas supérstites del Templo de Cástor y Pólux en el Foro Romano.



Estatuas romanas de Cástor y Pólux encontradas cerca del Teatro de Marcelo y colocadas en la escalinata del Capitolio a fines del siglo XVI.



La cumbre selvosa del Monte C

LA CUNA L

LA casualidad —dice Plutarco— se vuelve a veces poetisa y produce una serie de acontecimientos que no difieren mucho de los conceptos más elaborados que puede crear el arte.

Y la casualidad que hizo de una humilde aldea perdida entre pantanos y colinas la metrópolis real y espiritual del mundo, dispuso de tal forma los acontecimientos cuyo conjunto constituye la Historia de Roma que toda ella es de por sí un poema grandioso cuyo prólogo es recitado por voces tan lejanas que sólo llega a nuestros oídos un eco confuso debilitado por los siglos.

Sin embargo, por algunos mitos, por algunos hechos que transmitió la tradición, y por los mismos lugares donde estos hechos se produjeron, la imaginación supone lo que ha sucedido y encuentra, aun en parte, lo que parece anulado.

Quien contempla el magnífico panorama que se divisa desde una de las alturas que dominan la campaña romana, verá una extensa llanura cerrada al Occidente por las azules aguas del Mar Tirreno y al Oriente por las montañas abruptas que se destacan de los Apeninos. A esta llanura, interrumpida en su centro por el grupo volcánico de los Montes Albanos, se le daba antiguamente el nombre de *Lati Campi* — campañas extensas — abreviado después en *Lati* y transformado en *Latium;* y los habitantes del Latium eran llamados *Latini.*

"Conoced los Latinos —dice Virgilio en el Libro VII de la Eneida— la nación de Saturno que no es justa por temor o por el imperio de las leyes sino espontáneamente, y se gobierna según las costumbres de su antiguo dios".

Naturalmente el antiguo dios era Saturno; pero remontándonos con la imaginación hacia las épocas más antiguas de las cuales la tradición ha conservado el recuerdo, los ojos de la mente ven la llanura y las montañas cubiertas de bosques donde vagan los hombres primitivos, los faunos nacidos de las cortezas de encinas, porque de ellos no se conocían progenitores —*nullos habuere parentes,* dice Juvenal.

Sus descendientes serán Sabinos en las montañas, Latinos en la llanura; razas distintas físicas y espiritualmente que nacieron enemigas pero cuya unión constituirá el férreo conjunto que la posteridad llamará Romanos.

El reino de Saturno transformará en el Lacio los hombres de los bosques en agricultores; el reino de Saturno es la Edad de Oro, no es el principio de la humanidad sino el primer progreso. Saturno es un dios agrícola cuyo nombre, según Varrón, significa "sembrador"; su esposa es Ops, el trabajo y la riqueza —de donde la palabra *Opus* con sus derivados, y la palabra *opulencia*— porque la riqueza procede del trabajo de la tierra.

La familia nace con la vida estable del agricultor que sustituye la vida nómada en los bosques; la Edad de Saturno que se extiende a toda Italia —la *Saturnia tellus*— es la edad de las virtudes familiares. Y con la familia nace el apellido que la indica así como el nombre indica el individuo: los Latinos, y con ellos todos los Itálicos, eran los únicos pueblos de la antigüedad que usaban el apellido.

El reino de Saturno es una edad de paz y de igualdad absoluta, edad que se conmemoraba en las Saturnalias, fiestas destinadas a recordar una sociedad pacífica en la cual las tierras eran comunes y n existía el derecho de propiedad.

Los complacientes lectores disimularán el h bernos detenido algo en esa edad de paz ideal, esa dulce existencia sobre una tierra fertil situa en una llanura alejada del mundo donde se pu gozar de una oscura felicidad, precursora de tan agitación, de tantas luchas y de tanta gloria.

El grupo volcánico de los Montes Albanos qu se levanta en el centro de aquella llanura forma u gran cráter de unos diez kilómetros de diámetro e el cual hay dos cráteres más pequeños, que el tiemp transformó en los Lagos de Albano y de Nemi. E este último lago cae el agua de una fuente cuy origen es narrada por una graciosa leyenda relatad por Ovidio en el Libro XV de las "Metamorfosis".

En Roma, cerca del lugar donde están los impo nentes restos de las Termas de Caracala —dice l leyenda— había un bosque y en él moraba la Ninf Egeria. Allí se dirigía en las horas nocturnas el re Numa, el sabio rey de Roma, para recibir de la ninf los consejos que debían guiarle en el gobierno d la ciudad. Al fallecer el sabio rey, Egeria se retir inconsolable al borde del encantador Lago de Nem en cuyos bosques reside Diana, la diosa tutelar. La ninfas del lago intentan en vano consolarla; Diana compadecida del dolor de Egeria, la transforma e fuente; y éste es el origen del agua que desde entonces cae en el lago cerca de la pequeña y pintoresc ciudad de Nemi.

Toda esta antigua poesía contrasta con los sucesos posteriores. En la última guerra los bombardeos se han dirigido sobre estos lugares y han destruído entre otras cosas, el Museo de Nemi que hospedab las dos famosas galeras romanas mandadas construir por Calígula para las ceremonias religiosas en honor de Diana y extraídas del fondo del lago entre los años 1928 y 1931. Eran dos grandes galeras, una de sesenta y cinco metros de largo y otra de setenta y un metros; ninguno de los navíos que tomaron parte en la batalla de Trafalgar, última gran batalla en que intervinieron buques de madera, era igual a la menor de las dos galeras construidas hace dos mil años. Además, éstas eran adornadas con estupendos motivos de bronce, algunos de los cuales se conservan actualmente en el Museo Nazionale de Roma.

Una corona de pequeñas y bellísimas ciudades circundan los dos lagos —Genzano, Ariccia, Albano, Castel Gandolfo, Marino, Rocca di Papa, Nemi— dominadas por la cumbre selvosa del Monte Cavo que se levanta en el centro del gran cráter y es visible desde cualquier punto de la llanura del Lacio.

La frecuencia de las nubes que se acumulan sobre esta cumbre y los rayos y los truenos que las desgarran, hizo que los primitivos Latinos levantaran allí un templo a Júpiter Latino —Júpiter Latiaris—, el dios que fulmina, y consideraran el Monte Cavo como el centro de la Confederación Latina de la cual Albalonga era más que la capital, la Magna Mater, ya que, según Dionisio de Halicarnaso, otras treinta

EL ENTIERRO DEL MITO

¡Oh la luna, la luna que cantan los poetas!
¡Oh la luna brillante de tristeza tremenda!
¡La luna que no sabe ni del frescor del agua
ni del viento que tacta como un fauno, las
selvas!

. . . .

Parece tan hermosa, tan nueva, tan luciente,
y no es más que una pobre, vieja despo-
seida. . . .

Juana de IBARBOUROU

. . .Luna de plata, luna de cristal, luna de papel estaño, luna pálida y cenicienta que alumbra con ices argentados la noche milenaria de los hom- , ¡cómo se ha destruído tu prestigio remoto, tu nda romántica y sedeña, tu inaccesibilidad, desde no hace mucho, viajeros terrestres vieron de a el verdadero color de tu rostro lejano! Y ases- n un golpe mortal al más viejo mito del mundo, rándonos de algo que nunca hubiéramos querido r: que no es de plata ni de cristal ni de papel estaño; ni siquiera de miel; que la faz insomne rúlea . . . luce el rotundo color del chocolate! Una ilusión más ha resbalado desde el cielo sobre el zón acongojado de un puñado de seres que to- a levantan la frente hacia los menguantes deli- os y quebradizos.

¿Qué haremos ahora, los poetas? Nos robaron una, nuestra vieja madrastra de los cuentos anti- s. Y debemos entonces comenzar el aprendizaje la desconfianza: sólo porque la humanidad creyó ravés de siglos en sus grandes fábulas, sobrevivió e del individuo en el ensueño. Tan sólo la espe- za de aprehender lo irreal, pudo poner alas a la na, emanciparnos del yugo cotidiano, embellecer monotonía de la existencia con un puñado de divi- mentiras. El rincón de la quimera nos pertenecía. no la luna. Ya no. Ya no es de los poetas, sino los científicos. Ya no es intangible, inalcanzable. no puede ponerse a prueba a los enamorados con proeza de conseguirnos la luna, porque cualquier onauta la descuelga y nos apaga la última lámpara unque sea ilusoria, aunque su luz sea prestada — maravilla todavía las tinieblas del planeta.

Y he aquí que la insomne abuela de las cosmo- ías, que monopolizó por miles y miles de años cetro de la alegoría inabordable, que inundó de s plateados los campanarios seculares y las copas los árboles, que descansó su luz sobre la almoha- de los dormidos, que sirvió de telón de fondo os gatos errabundos, que asumió rango lírico por- en su red cayeron todos los poetas, que alguna , una, siquiera, cedieron a su embrujo irresistible, estaba mintiendo con su plateado espejismo. ntira milenaria que hizo mucho bien a la fantasía, ntira cuya revelación nos deja desvalidos en la rucijada del bosque.

La verdad tiene el color espeso del chocolate, la tierra cocida o del caucho. Nada de remolinos erales, ni encajes traslúcidos. El feo color con- to y oscuro, que ella ha disimulado en la lejanía el subterfugio de unos afeites cósmicos, rayos nos, con los que nos estuvo engañando quizás de siempre, echa por tierra todo el castillo de pes literarios, levantado en su alabanza. ¿Cómo ontrar el sendero, en el achocolatado territorio aquel "palacio blanco de los locos del Arte"? Tro- aríamos cayendo de cabeza en sus verrugosos crá- es, que por apagados, no dejan siquiera el con- lo de que ardamos en ellos.

Y se han hecho trizas los lugares comunes que ban a los soñadores impenitentes hasta el astro tante; si "estar en la luna" era, más que desdén, gio, pues servía para medir la evasión interior, ansión candorosa, la conquista de la ciencia ha teado su sentido tornándolo conciso, posible, hasta ístico, y aplebeyando la secreta fuga de antaño. er de la luna" ha dejado, en consecuencia, asi- smo, de ser una metáfora. ¿Y a quién puede ten- le un reino de color chocolate, cuando lo soñado un haz fragante de hebras de seda, de hebras luz, de hebras de plata, de hebras de ilusión, podían convertirse, es verdad, de pronto, en un ñadito de cenizas, si ahora nos devoran la quimera ni siquiera queda en las pupilas el color de la ce- a, del sueño, de la plata, de la luz, de la seda . . . o una hosca solterona astral con el cutis retostado el reverbero solar, como una campesina expuesta masiado tiempo a la intemperie?

¿Qué haremos con nuestro brazado de fábulas, los protagonistas mitológicos, con la casta Arte- sa cazadora, con la pálida Selene que baja cada che para contemplar el sueño de Endymión, con Hécate trágica que se goza en atormentar a los rtales? ¿Cómo reemplazaremos la imagen amarro- da y prosaica que se levanta en lugar de la fúlgida ueta de otrora, que alumbró el ballet fantástico de hadas y los elfos? El *"Viaje a la luna"* de Cyrano Bergerac, y el de Julio Verne, son, para nosotros, nos novelescos, más verídicos que los relatos de a intolerable luna marrón que nada tiene que ver con *la nuestra*. Esa, existe; seguirá existiendo, a despecho de la prueba, la foto, el documento. Porque los poetas somos mucho más tercos que los sabios (Y más sabios . . .). Estos son capaces de sostener que el mundo mágico no existe, que no hay duendes, que el Pájaro de Siete Colores no canta en ninguna selva del mundo, y que las sirenas pueden servirse guisadas en el almuerzo. Pero, para nosotros, habrá siempre una luna más alta que la suya, que seguirá teniendo el buen color desvanecido de las apariciones sobrenaturales, a la que sólo se puede arribar en un vehículo extraño, cada vez más escaso, que no puede costear ninguna empresa científica: la preciosa emoción, que exige siempre un ideal que esté más allá del alcance de las manos perecederas. Es nuestro remedo de eternidad, y nuestro consuelo para Pierrot. Si le engaña Colombina —y Colombina siempre engaña—, ¿qué haría sin la luna para confiarle sus cuitas? Ella, ésa, la nuestra, seguirá oyendo la queja que en la faz enharinada traza surcos de lágrimas.

Y no aceptamos, no, de ninguna manera, esta horrible cosa marrón con que quieren desplazar la vieja y gastada imagen de la abuela nocturna. A lo sumo, si vemos que el embeleso es peligroso y que el rimador arde en su delirio, podríamos advertirle, gitaneando:

No te enamore la luna,
la luna es un alma en pena . . .

Pero le enamorará, sí, le enamorará siempre, porque hay un pacto misterioso entre el poeta y la noche, entre el ruiseñor y el poeta, entre la luna y todos los ruiseñores, entre todos los poetas y la luna, taumaturga cazurra que esconde en los pliegues de su plateada túnica, la piedra filosofal cuyo secreto persiguieron los alquimistas medievales; con ella vierte su ensalmo engañador, el sidéreo embuste que encandila las sombras, y levanta de la tierra, como un vapor capitoso, los enfervorizados "nocturnos" de los trovadores sonámbulos.

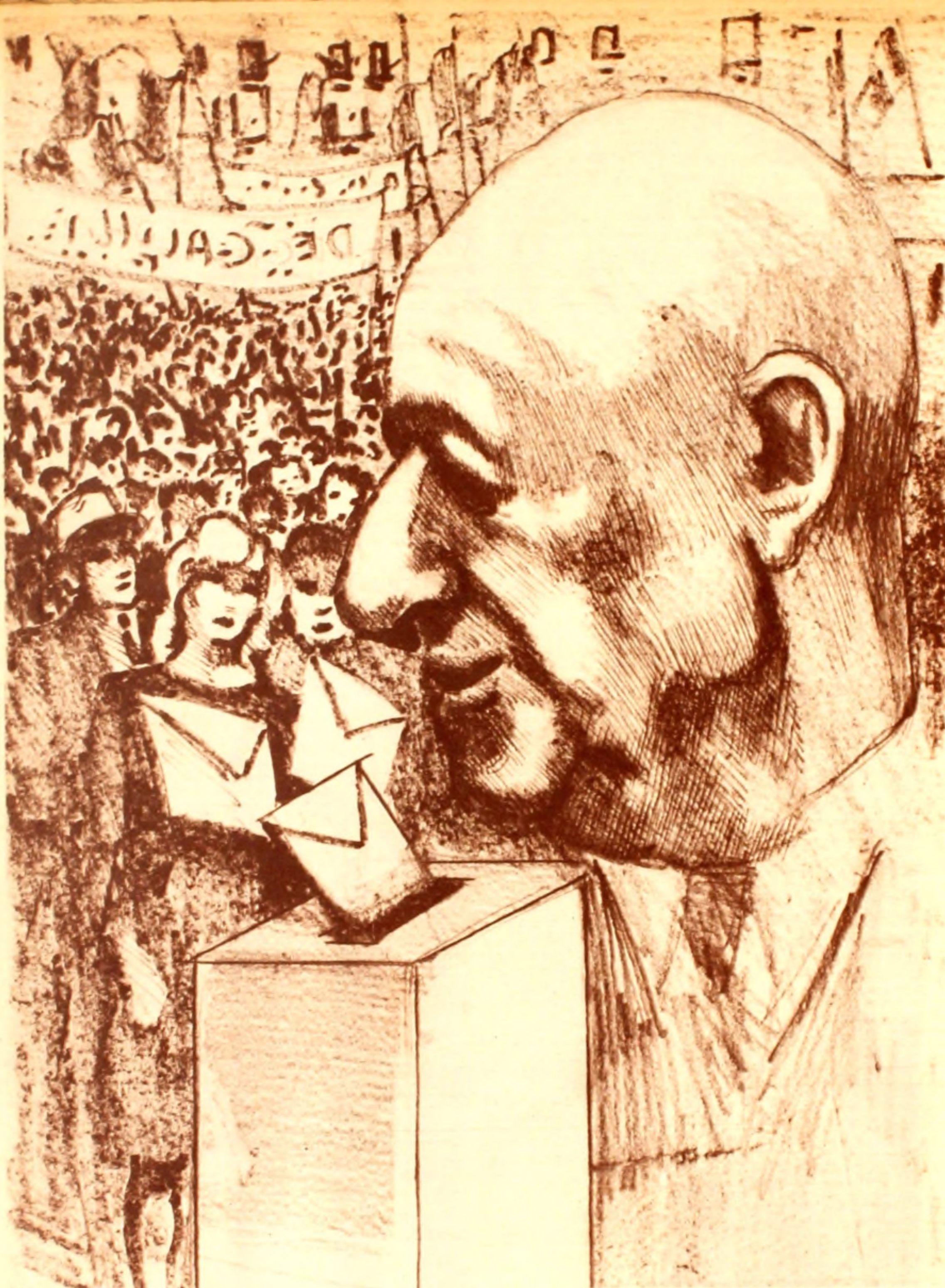
Por eso protestamos, con ánimo de convertir la protesta en manifiesto, contra la ciencia usurpadora, que quiere robarle su juguete a los niños y dejarlos solos en mitad del bosque. Sin la luna que les muestre el camino. Pulgarcillo, en la noche, iba dejando migas de pan para señalar la ruta del regreso. Pero los pájaros comieron sus señales. Algo parecido han hecho con los poetas estos excursionistas interplanetarios. Con la diferencia de que sus huellas, empapadas de luna, continuarán brillando a través de las noches, para guiar al extraviado que no se dejará convencer nunca de otras verdades que las que le enseñe su propio corazón, y que no creerá jamás, jamás, jamás, que mueren las leyendas.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para el Suplemento Dominical de EL DIA).



ILUSTRACION DE VERNAZZA



ILUSTRACION DE VERNAZZA

LAS TRES PARADOJAS DE LA ELECCION FRANCESA

La reelección del General de Gaulle a la presidencia de la República Francesa es uno de los acontecimientos más importantes del año; y como tal ha sido comentado en todos los países y por numerosas gentes. Aquí sólo me propongo considerar tres de sus aspectos que resultan ser tres paradojas.

La primera paradoja es que el general le debe la elección al hecho de existir en Francia un fuerte partido comunista; como se desprende de las consideraciones siguientes: Si el señor Mitterand no hubiera aceptado oficial y explícitamente los votos comunistas, quizá habría vencido al general. Bien es verdad que no habría tenido seguro el voto comunista; pero este partido no se habría atrevido a presentar candidato, por temer a dar publicidad a su flojera; ni parece tampoco que le hubiera sido posible aconsejar a sus secuaces que votaran por de Gaulle. En estas condiciones, con un Mitterand no comprometido a los comunistas, la candidatura Le Canuet no se habría producido; y Mitterand podría haber triunfado. Si, por otra parte, Mitterand hubiera fracasado por falta de apoyo comunista, habría resultado aún más claro que era al partido comunista al que el general debía su elección.

Tanto mayor paradoja si se piensa que en los últimos tiempos la política del General de Gaulle ha suscitado plácemes en Moscú, lo que equivale a decir que esta política le convenía al partido comunista ruso. Vale la pena darle vueltas a esto; porque a la vista está que el partido comunista francés, (que votó contra de Gaulle pero a quien debe la reelección) aspira a nacionalizarse y constituirse en una especie de extrema izquierda de la izquierda nacional francesa. Esta evolución vendría a ser consecuencia natural del cisma Pekín-Moscú; al que Togliatti dio en su día el nombre absurdo de *policentrismo*. Absurdo digo porque es atributo esencial de todo centro el ser único y en cuanto hay más de uno ya no hay ninguno. El cisma entre Moscú y Pekín tiene como consecuencia ineludible la reabsorción de los diferentes comunismos por sus respectivos nacionalismos. El papel desempeñado por el partido comunista en esta elección presidencial lo ha venido a confirmar en lo que concierne a Francia.

*

Segunda paradoja. La nación francesa ha frenado la fuerte tendencia de su grande hombre a ejercer el poder de modo personal. Este fue el aviso más claro que se desprendió del primer turno, en el cual no logró el general de Gaulle alcanzar la meta del 50 por ciento de los sufragios. Confirmase esta interpretación del balotaje por el efecto combinado de los votos Mitterand y Le Canuet; ya que los primeros correspondían a las críticas dirigidas contra el poder personal y los últimos a un reproche de anti-europeismo, campo en el cual ha destacado más que en ningún otro el estilo personal del presidente francés.

Francia es un país límite entre los pueblos-qué y los pueblos-quién. Esta reelección ha hecho hincapié sobre el elemento *qué*, objetivo, republicano y contra el elemento *quién*, subjetivo, monárquico, en el juego en que ambos se entremezclan en la políti francesa; rectificación que se hacía necesaria al ca de siete años de monocracia.

*

La tercer paradoja implícita en esta reelecci es quizá la más compleja. No era posible que Franc dejara de hacer constar que hoy rige sus destin un hombre excepcional, ya muerto Churchill, el hor bre de Estado de más talla que queda en el munc entero. ¿Cómo era posible que un país tan inte gente lanzase a un hombre así al ostracismo? Da ya el aviso de la primera vuelta, había que elegirl Y no deja de ser significativo que las mayores v taciones las haya logrado en París —centro y cabe de la nación— y en el Este y Norte, regiones m conscientes quizá de la imagen mundial de Franc que las que votaron por su contrincante. Pero aq es precisamente donde surge la tercer paradoja: est países que votaron a de Gaulle tienen también q ser los que más y más directa experiencia tienen los peligros de una Alemania rehecha y fuerte. Aho bien, la conclusión palmaria de 1870, 1914 y 194 es ésta: sólo cabe esperar el fin de la tensión franc alemana del logro de una federación europea. A modo humano, dramático e imaginativo, de Gaul trató de alcanzar este objetivo por medio de un reconciliación directa. Error de psicología; porqu mientras Francia y Alemania sigan frente a frent subsistirá la tensión aunque cambie de color. Lo qu hace falta es elevar el caso a un plano más alt hasta una institución nueva en la que ambas nacio nes queden integradas con otras más en un conjunt complejo.

Por eso su oposición a toda forma de federació supranacional es quizá el error más trágico del gene ral de Gaulle. No hay en el mundo país a quie más urgente y necesario sea que a Francia el arraig en la historia de una federación europea precisament supranacional. La independencia, consigna favorita de General de Gaulle, es una quimera. De hoy más lo único que cabe discutir es la modalidad y form de las instituciones que expresen y administren l *interdependencia*. Cuando Francia yacía postrada baj el invasor, ¿quién hablaba de independencia? N ciertamente de Gaulle cuyo maravilloso poder intrín seco intelectual y moral hubiera sido inútil y estéril si Churchill no le hubiese escuchado.

Todas las naciones europeas, unas más otra menos, han tenido que pasar horas difíciles a causa del perenne duelo franco-alemán. Todas tienen derecho a esperar que Francia arrime el hombro a la labor de crear una Europa que no tenga que sumirse de cuando en cuando en un abismo de locura abierto por una guerra franco-alemana.

*

Y esta es la tercera paradoja de la elección; que los europeistas franceses han expresado en ello su deseo de que se cree una Federación Europea; y en consecuencia, el país ha confiado esta tarea a la persona que más se ha opuesto siempre a la idea.

Y aún queda otra paradoja dentro de esta tercera: y es que este General de Gaulle, que es el que más se opone a la labor de integración europea, es el más capacitado para realizarla. La creación de una Federación Europea y las tareas públicas que podría realizar una Europa así federada son grandes empresas a escala continental: la liberación pacífica del Oriente europeo hoy colonizado por Rusia; la constitución de una potencia mundial capaz de tutear a los Estados Unidos y a la Unión Soviética; la salvación política y social de África que va rápidamente al caos que ninguna potencia actual puede salvar, pero Europa unida sí... Estas y otras labores son de talla tal como para tentar a un gran espíritu como el presidente francés. Pero, preso en las redes de un nacionalismo trasnochado, el general de Gaulle se niega a elevarse en la historia en toda su estatura. Este hombre tildado de ambicioso no lo es bastante.

Salvador DE MADARIAGA

Londres

(Exclusivo para EL DIA)

EL EPISTOLARIO AMOROSO DE CHOPIN



de los pocos retratos de Jorge Sand vestida de mujer.

EVE, muy breve es el epistolario amoroso que poseemos de Chopin. No significa esto de que l genio polaco no haya tenido una extensa corres- iencia amorosa. (Tal como otros músicos deben rla tenido, pero que por causas de diversa índole ıan llegado a la posteridad; es, entre otros, el de Puccini, apasionado admirador —como po- — del bello sexo). Frédéric Chopin vivió, como se , uno de los más célebres romances de amor, en el reino de la música. Pero precisamente de esa osa "liaison" que unió al gran compositor román- con una de las mujeres más renombradas por su lo espíritu, su afilada pluma, su versatilidad en rato mundano, pero también por su extravagancia enorme influencia sobre varios hombres excep- ıales, de esa tan mentada relación de Chopin con rge Sand, nada o casi nada de lo estampado en apel, ha sobrevivido.

Antes de conocer a esa mujer descomunal ("fem- fatale", sin duda, según la idea de aquel tiempo) opin amó o por lo menos fue amado varias veces. emos de un tierno cariño juvenil, allá en los días precedieron a su salida de la patria polaca: stancia Gladkovska, niña encantadora por su gra- física (si podemos confiar en retratos de aquella ra) y su ingenua frescura. Está enamorada del n pianista y compositor de 20 años; enamorada su fina estampa, romántica y soñadora, y ena- ada de su música que ella, cantante en cierne, ıra sin límite. Pero Chopin deja la patria y deja onstancia; no volverá a ver a ninguna de las dos.

Constancia dejó unas líneas en el álbum de Cho- Son éstas: "Tú cumples con los tristes cambios destino, tenemos que resignarnos. No olvides, oh vidable, que se te quiere bien en Polonia". "Para tejer la corona de tu gloria imperecedera ndonas los queridos amigos y tu familia amada. extranjeros podrán reconocer mejor tu valor. estimarán. Pero seguramente no podrán amarte ardientemente que nosotros te amamos".

Puede ser que estas líneas no sean otra cosa la anotación muy juvenil de una adolescente ena- ada muy ingenuamente. Pero hay algo (o mu- de verdad en ellas. Quizá ninguna mujer pos- ır le ha profesado a Chopin un amor tan puro, bello, tan desinteresado como aquella pequeña ıca.

Pasan siete u ocho años. Años de triunfos, de es, de lenta —aunque nunca completa— adap- ón al nuevo medio, a la gran urbe cosmopolita e el Sena. Chopin sigue siendo tan tímido, tan tado, delicado como lo era en Varsovia. Entonces ó en su vida la mujer destinada a jugar un papel rimer orden: George Sand. Por cierto que un papel ca del todo aclarado. George Sand era sólo su bre de escritora: adopta un seudónimo masculino, o sumamente interesante tanto para el sociólogo o para el sicólogo. El primero explicará que a ienzos del siglo XIX una mujer no pudo hacer carrera artística a la par del hombre. Fácil es ir ejemplos famosos: la hermana de Mozart, la Mendelssohn, ambas apenas menos dotadas que ilustres hermanos pero obligadas (por ningún dato expreso de ley pero sí por la costumbre) tirarse a la vida privada, a audiciones cerradas, ntras Wolfgang y Félix triunfaron frente a los icos de toda Europa. Es pues, lógico que una er dispuesta a imponerse en el mundo del arte ramente masculino adopte un seudónimo de hom- y más aún, vista ropa de hombre y adquiera hábitos masculinos. Tal la actitud de George Sand.

El sicólogo explicará que además de la necesidad sociológica debe existir una predisposición síquica para tal actitud. Un fuerte rasgo masculino, pues, en el alma de George Sand. ¿Puede imaginarse contraste mayor que el que existía indudablemente entre Chopin y esa mujer? El efecto del primer encuentro sobre el compositor es negativo: "Ayer conocí a George Sand. Me hizo una impresión muy desagradable", manifiesta Chopin, y a su amigo Hiller se expresa con mayor claridad aún: "¡Qué mujer repelente es esta Sand! ¿Es realmente una mujer? Me inclino a dudar..."

Sin embargo, esta duda no prevalece por mucho tiempo. ¿Qué fuerzas misteriosas intervinieron para subyugar a Chopin? Si situamos el primer encuentro hacia fines del año 1837, en la primavera del año siguiente hallamos la única prueba escrita de aquel amor que entró en tantos libros. Una tarjeta con las iniciales de la escritora se ha conservado; parece haber sido escrita durante una fiesta. George Sand estampó en ella las tres palabras: "On vous adore!" (Se le adora!) posiblemente hizo llegar este mensaje al músico quien a continuación escribió: "Moi aussi! Moi aussi! Moi aussi!" (¡También yo!)

Y con esta entusiasta exclamación, con la triple declaración de su amor... termina la documentación que poseemos sobre el extraño caso Frédéric Chopin-George Sand. No porque el músico no haya escrito luego cartas de amor, sino porque la escritora quemó todas las pruebas escritas que Chopin le envió en los años de su pasión. Su furia destructora no alcanzó —seguramente por casualidad— a la tarjeta mencionada, y dejó intactas algunas esquelas —unas diez en total— que carecen de todo interés. He aquí una de ellas por prueba:

"París, sábado 25 de setiembre de 1841. He llegado a mi apartamento, rue Tronchet, sin cansarme. Son las 11 de la mañana. Ahora parto para la rue Pigalle. Le escribiré mañana, no me olvide. Abrazo a sus hijos. Ch."

Las otras son parecidas. En una afirma sentirse "muy viejo" (tiene entonces 31 años), en otra se llama a sí mismo "antediluviano". Casi nunca omite muy cariñosos saludos para los hijos de George Sand; en cambio, no hallamos una sola palabra amorosa para ella misma. El tono es siempre liviano, a veces quizá forzadamente liviano. El amor de la famosa pareja duró varios años. Llegó a su apogeo probablemente durante el viaje común a Mallorca, la hermosa isla del Mediterráneo, en 1838. Quizá tuvo allí mismo también su fin. Lo que viene después nos parece un ocaso, una extinción, una muerte.

Pocos amores de grandes músicos son tan intransparentes, tan incomprensibles, tan contradictorios. No puedo sino repetir lo que escribí en mi "Historia Universal de la Música" al estudiar esa extraña relación: ¿Quién se atreve a afirmar que George Sand fue el ángel o el demonio en la vida de Chopin?

El 17 de octubre de 1849, a los 39 años, se extinguió la vida del músico romántico. Lejos de la amada tierra polaca, en el centro de París. Ninguna mujer lo acompañó en el supremo instante, como en realidad ninguna participó de su vida. Y justamente Chopin hubiera necesitado, más que ninguno, el cariño, la comprensión, el cuidado, la ternura de una auténtica compañera....

Kurt **PAHLEN**

(Especial para EL DIA)



Retrato de Chopin.

EL ESCORIAL Y JACINTO BENAVENTE



Don Jacinto Benavente

APUNTES DE UN VIAJERO

"En un determinado momento del mundo allí estuvo el corazón de España, que fue como decir del mundo".

DURANTE el invierno de 1945 la compañía argentina de Enrique de Rosas sostenía en el Teatro Nacional de Comedia, de Buenos Aires, un éxito popular con *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente. Por entonces embarcaban en España, en el *Cabo de Buena Esperanza*, el ilustre autor y la actriz Lola Membrives, y su elenco, pues se proponían ofrecer al público porteño, en el teatro Cómico, dos estrenos absolutos de aquél, cuyos títulos eran *Titania* y *La Infanzona*. Arribaron a nuestro puerto el 29 de agosto. Fue una fiesta para Enrique de Rosas y sus compañeros, quienes tendrían con ellos al padre de *Crispín*, personaje que interpretaba el mismo de Rosas.

La noche que Benavente asistió, volví por el teatro; ya había visto yo una interpretación de la famosa obra. En un *avant-scène*, acompañado por el conde de Bulnes y otros personajes, estaba sentado don Jacinto; sentado hasta que debió ponerse de pie, para responder al llamado del público que celebraba con aplausos y gritos la exitosa jornada.

Recuerdo que don Jacinto no ocultaba su alborozo. Pequeñín, *casi nada*, se empinó un poco por sobre el antepecho del palco y, entre otras cosas olvidadas por mí, dijo que se hallaba en Buenos Aires por tercera vez. "No hay viaje más agradable" —agregó— "que viajar sin propósito alguno. Ya lo dijo Shakespeare, que bien sabía de la vida, que es el supremo viaje viajar por viajar. Viajar también puede ser un arte..." Luego añadió un elogio (el mejor recibido en su vida, dijo el propio de Rosas), subrayando que, de tocarle interpretar el papel de *Crispín*, lo hubiese hecho tal como acababa de personificarlo aquél.

Titania se estrenó en el Cómico el 25 de setiembre (1). Igualmente asistí. A la salida, en el hall del teatro, apreté efusivamente la mano del dramaturgo. Mis entusiasmos juveniles me llevaban a aquellos arranques. La diminuta mano de don Jacinto —su vieja y laboriosa mano— casi se deshizo en la mía como si yo apretara un trozo de manteca. Parecía feble, sin huesos: una mano de niño recién nacido (era casi octogenario). En seguida aflojé, para no quedarme con ella entre los dedos. Y aunque en cierto modo lo hubiera querido, en cierto modo se me quedó. Para siempre. Porque aún la siento.

Días después me "crucé" con el ilustre autor, que avanzaba algo fatigosamente por la calle Maipú, hacia el Norte, colgado del brazo de su secretario, don Luis Hurtado: alto, grandote, de buena planta. Me di vuelta y los seguí. Vagaba yo en aquella hora, sin destino. Ellos tomaron la calle Córdoba y se metieron, luego de andar varios cientos de metros, en el hotel *Lancaster*. Anoté la dirección y, semanas después, vuelto yo a Rosario, y aun don Jacinto en Buenos Aires (*La Infanzona* se estrenó los primeros días de diciembre de 1945, pasando luego a Chile el autor y la compañía), le envié uno de mis primeros libros de poemas, al que contestó para mi asombro con su endiablada y arrítmica letra, fechando su carta el 22 de noviembre. Dudé si debía agradecerle a mi vez tanta gentileza, y en la duda dejé todo como estaba, temblándome la mano de emoción. "Si vuelvo a verlo", me dije, "le estrecharé nuevamente la mano y le agradeceré su amabilidad".

Mas prometí hablar del Escorial. El aparente disloque tendrá su explicación, sin embargo. Este fabuloso monumento que es El Escorial, de estilo grecorromano, fue levantado con piedra berroqueña o granito. No respira, pues; no tiene poros. Su *carne* es de una compactibilidad que concuerda con su misma forma de paralelogramo rectangular, sin una línea sinuosa u ondulante que le permita alguna sensible apariencia. Por detrás —una relativamente pequeña planta, asimismo rectangular, como una cola mocha— estaban las alcobas reales, las de los infantes y el palacio mismo. Por encima, es decir, los tejados, son de pizarra y planchas de plomo.

Pero para dar una idea aproximada de su magnitud, digamos que todo esto consume medio millón de pies cuadrados; y que dentro de sus muros hay 4.565 habitaciones y 1.620 desvanes, 10.000 ventanas y 12.000 puertas, 14 zaguanes y 86 escaleras, 16 patios, 11 aljibes y 88 fuentes, por las cuales el palacio quiere demostrar vanamente que no es sólo muerta macicez. Si la paciencia del visitante le permitiera sumar el largo de sus patios, de sus corredores, etc., llegaría a la longitud de 33 leguas. ¿Quién, que visite El Escorial, puede afirmar que lo ha visto todo? No hablo aquí de las obras de arte que alberga, de sus frescos, de sus cuadros, de sus estatuas, de sus volúmenes, de sus códices, de sus reliquias, de sus joyas. Mi redacción quiere escapar siempre al prolijo examen propio de las "guías", tan completas muchas de ellas, y a las que se debe frecuentar, no obstante, como somera referencia. No puede contarse al lector lo que es digno de contarse y el lector no conoce. Pero he querido dar una idea de su magnitud, y ello no se logra sin cifras.

Quiero solamente contar una breve historia de algo que siempre me ha impresionado mucho. Me refiero al célebre crucifijo de Benvenuto Cellini (2), que hoy se conserva en el Coro del Escorial, y que el gran Duque de Florencia obsequió a Felipe II. Porque, ¡con qué *religiosidad* se reverenciaba el arte entonces! La pesada joya fue transportada en hombros desde Barcelona...

Hay que recordar que el mismo Cellini valoraba en mucho su trabajo. ¿Cómo es? Cellini nos lo describe en sus *Memorias*, agregando cuáles eran sus propósitos. Cuando Su Excelencia ilustrísima le pregunta en qué trabaja, le responde: "Señora mía, me he complacido en emprender una de las obras más fatigosas que se han hecho en el mundo; y es un crucifijo de mármol blanquísimo, en una cruz de mármol negrísimo, y es del tamaño de un hombre vivo". El había destinado su crucifijo a Santa María Novella, de Florencia, y "ya había clavado los pernos para colocarlo", mas se sintió contrariado cuando los frailes le negaron lo que él pedía: que le deja[illegible] hacer bajo los pies del crucifijo —que él llam[illegible] "hermoso"—, en el suelo, una modesta tumba p[illegible] que lo enterrasen cuando muriera.

¡Cuánto debía andar la pesada carga, y qué o[illegible] su destino!

Uno no puede escapar a la idea granítica q[illegible] da el Escorial, ni siquiera contemplando su flora. A[illegible] abunda el boj, y a pesar de sus florecillas blanc[illegible] conque se enmoña en primavera, yérguense los boj[illegible] con sus tallos rectos y su dura y compacta made[illegible] excelente para el grabado y la tornería.

Víctor Luis Molinari dice que el tiempo pare[illegible] detenerse allí, al pie del Guadarrama, y que la p[illegible]trea presencia del Escorial nos habla de una ten[illegible]cidad que todos sabemos que no podrá morir. "E[illegible]paña refirma allí su fe contra todo tiempo —agr[illegible]ga—. Y la lección se hace pura en sus pati[illegible] interiores, milagrosos de equilibrio técnico y de b[illegible]lleza perdurable..."

En lugar de tomar un ómnibus, desde el "Esc[illegible]rial de Abajo", habíamos largamente serpenteado un[illegible] cuesta, a pie, hasta arribar al "Escorial de Arriba". Antes de regresar, recorrimos las pintorescas calle[illegible]juelas del pueblo empinado de San Lorenzo, en cuy[illegible] corazón encontramos enclavado un monumento dedi[illegible]cado al padre de *Crispín:* don Jacinto Benavente.

Y he aquí que, inesperadamente, en un rincón insospechado, vuelvo a encontrarme, casi veinte años después, con aquel que corría a saltitos —respondiendo al silbido de doña Lola Membrives—, cuando quedaba rezagado por la charla de algún acompañante, luego de la función, dispuestos para la trasnochada cena en un restaurante cualquiera de nuestra calle Corrientes.

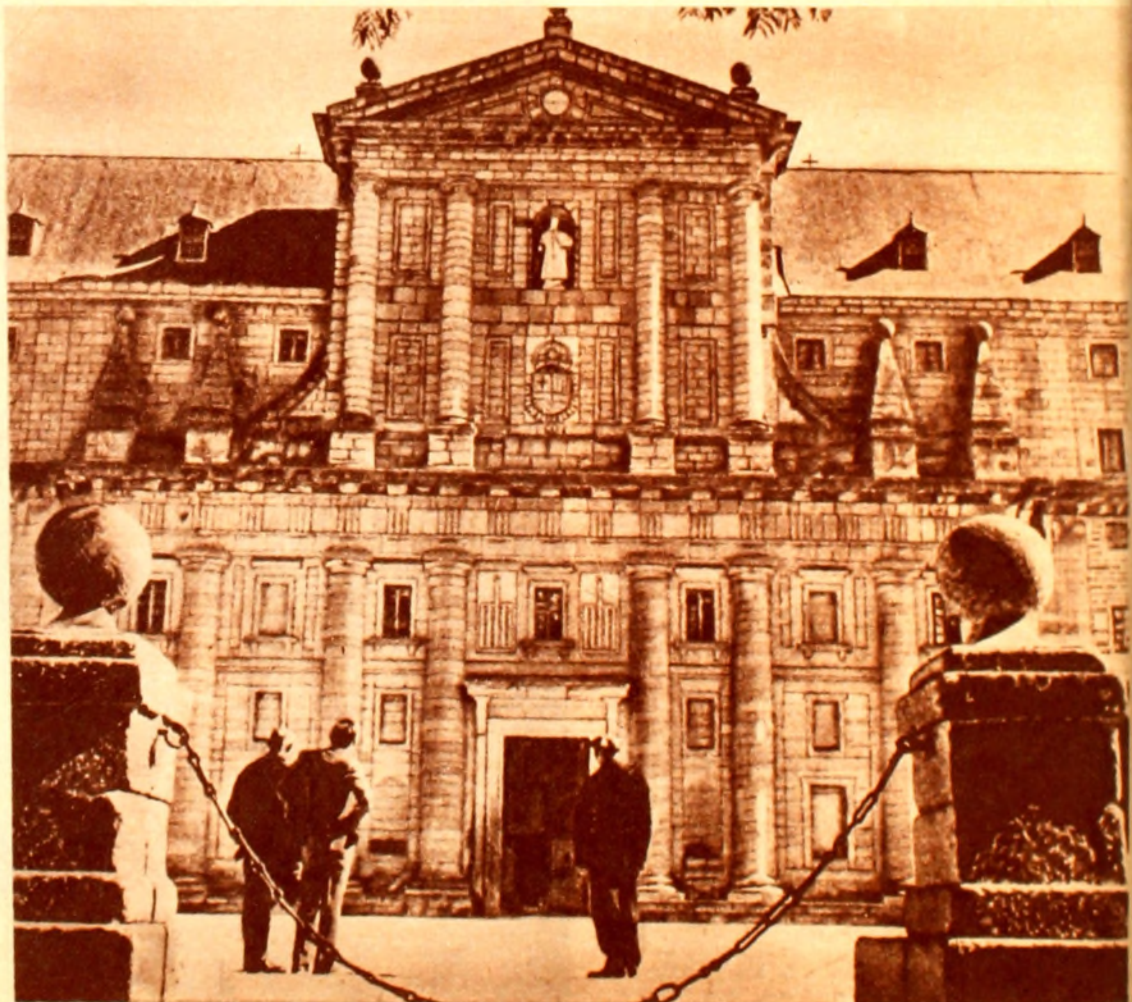
Y ésta fue *mi* hora de agradecimiento. Aunque no pude darle esta vez la mano. Porque si bien su mano seguía siendo diminuta, ahora era de bronce. De bronce; sin poros, sin respiración, compacta, dura. Como para estar a tono con el Escorial.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

(1) "De Titania, reina de las hadas, enamorada de un asno en Sueño de una noche de verano de Shakespeare, toma don Jacinto nombre y ejemplo para su novísima comedia homónima", comentó un periódico.

(2) La firma de este crucifijo, cuya paternidad fue muy discutida, dice: Benvenutus Zelinus Civis Florent. faciebat 1562.



Fachada principal de El Escorial.

EDGAR RICE BURROUGHS'

TARZAN®

...LUCHES TARZAN... ...ES MOMENTO. ...OR FAVOR!

¡QUE DILEMA! ESTAR ENTRE UN DEMENTE ENFERMO Y SALVAJE Y UN ELEFANTE QUE ATACA.

...RONTO TE DARÉ ...A VACUNA, TAR- ...ÁN.

EVITARÉ EL ATAQUE DEL ELEFANTE.

¡FUNCIONA! SI ATACA, DESHACE LA MÁQUINA.

...ANTOR INTENTA ...SIR AL NUE- ...O "ENEMIGO" ...E SU ADORA- ...O TARZÁN. ...PERO FA- ...LLA!

¡ARRIBA "BESSIE", ARRIBA!

JOHN

LA POESIA DE ALFONSINA STORNI

LA publicación de una antología poética de Alfonsina Storni, en la Biblioteca clásica y contemporánea de la editorial Losada significa una mayor difusión — ¡tan merecida! — de la cálida y sutil vibración de una auténtica voz poética.

Muchos años pasaron desde aquella madrugada en que las olas atlánticas hicieron su ronda trágica en torno al leve cuerpo de Alfonsina, que se alejaba de la vida "divina y mala, terrible y dulce" como la llamó en uno de sus más memorables poemas.

Si bien había nacido en la Suiza italiana (Lugaggia, Cantón Ticino) el 29 de mayo de 1892, debe ser considerada argentina, y más aún, porteña. Sus luchas sus triunfos, sus incurables y largas melancolías estuvieron unidasa la tierra que fue asimismo la que le dio el último adiós. De su niñez y de su adolescencia quedó la historia de una interminable serie de trabajos y de estudios. En San Juan y en Santa Fe conoció la tristeza de un hogar pobre. Pero ¡cómo era Alfonsina de valiente! Luego de graduarse de maestra normal, en 1910, llegó a Buenos Aires, donde ocupó diversas cátedras, entre ellas una — muy simpática — en el Teatro Infantil Labardén, que en 1921 fue creada especialmente para Alfonsina. Buenos Aires le dio, además, lo más entrañable de su poesía, porque ella supo comprender a la enorme ciudad, en su fría belleza, en su brumosa melancolía, en su hurañez y en su cordialidad, que de todo ello se amasa una verdadera urbe.

Alguna vez, en sus visitas a Montevideo, nos habló Alfonsina de su primer libro — "La inquietud del rosal" (1916) — con cierto desvío. Naturalmente, la artista había superado ciertos "tanteos" expresionales de aquella obra primigenia. En la presente "Antología poética" se presentan, sin embargo, cuatro muestras de dicho libro "La inquietud del rosal", "Vida", "Lo inacabable" y "Claror luna". Están bien elegidas y nos alegra este recuerdo del libro que difundió por vez primera el nombre de Alfonsina en un haz duradero. Es cierto que 'El dulce daño" (1918, 2ª edic., 1920) señaló un notable progreso en su lirismo, desbrozando su palabra de ciertos formalismos tan naturales en un libro inicial. Uno de sus grandes triunfos fue "Irremediablemente..." (1919) seguido, un año más tarde, por "Languidez" en que — según confesó en el prólogo — abandonó en parte aquel carácter eminentemente subjetivo de sus primeros poemas, para dar trascendencia a un lirismo que captara la realidad ambiente. Sin embargo — y para bien de su arte, que es el de un verdadero temperamento poético — el tono objetivo de sus versos estuvo casi siempre hermanado a una depuradísima vibración emocional. En "Ocre" (1925) y en "Mundo de siete pozos" retoma decididamente a su poesía subjetiva, confesional. Son esos, dos de sus mejores libros. "Ocre" es uno de los que mejor reflejan su comprensión del alma compleja de Buenos Aires, y sus "Versos a la tristeza de Buenos Aires" — que recoge esta antología — no serán olvidados. En "Mundo de siete pozos" hay algunos poemas que tienen algo de juego, en su gracilidad melancólica. En cierta manera, "Mascarilla y trébol" — publicado en mayo del mismo año de su muerte — significa una evolución, por la atmósfera un tanto sobrerrealista de la mayoría de sus "antisonetos". Alfonsina realizó también algunas incursiones en el periodismo, en el cuento corto, en el teatro infantil. Pero su mundo era el de la poesía.

Hoy, en esta mañana de domingo, la antología de Alfonsina me trae el recuerdo de su noble amistad. He aquí, por ejemplo, su soneto "Los coros", inolvidable, en el que hallé por vez primera, la expresión de una gran verdad del arte. Su motivo podría ser tema para un largo estudio filosófico. En el soneto no pierde nada de su lirismo, a pesar de esa manera un tanto realista con que la autora lo presenta, dándonos bien la sensación de "cosa vivida". Por lo demás, todos — o casi todos — los sonetos de "Ocre" están muy noblemente realizados, no sólo con una extraña perfección que diríamos parnasiana, si no fuera que la clasificación fuera arbitraria en páginas de tan densa emotividad, tan alejadas de la frialdad parnasiana, sino que, asimismo, la "cárcel de los catorce versos" no es tal, pues el pájaro de inspiración storniana vuela libremente, en un milagro rítmico. Luego de "Ocre" Alfonsina cultivó el verso libre, con sello personalísimo, especialmente en los poemas de "Mundo de siete pozos". Y en su último libro, "Mascarilla y trébol" creó una nueva manera, que denominó "antisoneto" y que se explica así: soneto endecasílabo, de marcada acentuación, con la particularidad de carecer totalmente de rima. Conserva, por lo demás, la virtud sintética del soneto clásico y esa misión especial de cada estrofa en su escala ascensional. He aquí uno de sus "antisonetos": el que titula "Río de la Plata en arena pálido": "¿De qué desierto antiguo eres memoria / que tienes sed y en agua te consumes / y alzas



Alfonsina Storni.

el cuerpo muerto hacia el espacio / como si tu agua fuera la del cielo? / Porque quieres volar y más se agitan / las olas de las nubes que tu suave / yacer tejiendo vagos cuerpos de humo / que se repiten hasta hacerse azules. / Por llanura de arena viene a veces / sin hacer ruido un carro trasmarino / y te abre el pecho que se entrega blando. / Jamás lo escupes de tu dócil boca: / llamas al cielo y su lunada lluvia / cubre de paz la huella ya cerrada".

No todos los admiradores de Alfonsina han gustado de la manera de sus "antisonetos": muchos prefieren sus poemas anteriores, de tono confesional, un tanto exaltados. Sin embargo, este modo de los antisonetos significa una especie de aristocracia estética, en su tónica un tanto impopular, en el refinamiento de su lenguaje y de su rica imaginación. La edición original de "Mascarilla y trébol" lleva, a manera de prólogo, unas palabras en prosa de la autora, que son como una autocrítica, en que da la exégesis de sus "antisonetos" y anticipa que para muchos lectores parecerán un tanto oscuros. En esta antología no se reproduce — con y sin razón — dicha autocrítica.

Hace ya bastante tiempo, en un reportaje, Alfonsina citó a Baudelaire y a Rilke como sus dos poetas predilectos. Claro que esta confesión parecería inducir a buscar en la propia obra de la escritora algunas influencias de ambos autores. Son levísimas. Es posible que esa perfección del verso — sobre todo en los sonetos o en los poemas en alejandrinos pareados — de la idea emocional expresada sin una palabra de más y sin una de menos, la haya aprendido Alfonsina de Baudelaire (pero esas cosas no se aprenden cuando no se llevan ya dentro...). La manera de enfrentar la vida es muy distinta en ambos poetas, lo que —por otra parte— resulta lógico, pues la Storni, aún en aquellas notas que pudieran parecer algo cerebrales, es siempre muy femenina, tanto en su rebeldía como en su ternura. El pesimismo mordiente, la astral locura de "Les fleurs du mal" están muy lejos de esta dulce melancolía de pájaro herido, de pájaro mimoso que canta en los poemas de Alfonsina, aún en los más amargos, aún en los más rebeldes. Además, en Baudelaire priman las preocupaciones estéticas — y aún esteticistas — que no son parte esencial en la autora de "El dulce daño".

En cuanto a Rainer María Rilke, su sugestión debe haberse ejercido cuando Alfonsina escribía "Mundo de siete pozos", en una parte muy breve de ese libro. No puede nombrarse ningún poema como concretamente influído por el austero cantor de Praga. Pero hay, a lo largo de su ambiente, cierta fraternidad espiritual. Conviene subrayar, no obstante, que el referido libro está desprovisto del tono grave y tenso de Rilke, a la vez que carece de su hondura conceptual. Es, en cambio, más fino de emotivismo, más dúctil de expresión.

Baudelaire es como la síntesis del estado de ánimo del París del siglo XIX que había vivido la exaltación romántica y estaba un poco cansado de ella. La agridulcísima tristeza storniana refleja matices del Buenos Aires de este siglo. Y, por extensión, de todas urbes americanas, viejas y nuevas a la vez. Y porque era un producto urbano, supercivilizado, conoció y cultivó la ironía, esa ironía de que carece Baudelaire, demasiado abismado en su mundo de pesimismo y de evasiones hacia la belleza absoluta.

La ironía sutil, la burla elegante, que es una de las más salientes características del espíritu de esta escritora, la emparienta con algunos de los grandes románticos. Desde Heine hasta Laforgue (que al fin y al cabo el simbolismo no es sino una depuración y estilización del romanticismo) los más eficaces ironistas, los más melancólicos burladores han sido siempre los románticos. La ironía es la gota amarga en el fondo de la copa en que burbujea el vino de oro. De Alfonsina puede decirse más certeramente que es una ex romántica. A pesar de su tono íntimo, a pesar de insistir en temas individuales, tiene el pudor de su sensibilidad y — aun en las notas más sangrantes — no llega nunca a lo melodramático.

Fue Gabriela Mistral quien definió más cabalmente tal aspecto de su colega: "Es una jugarreta deliciosa del *Sueño de una noche de verano*. Ella se ha reído por igual de sus amigos y de sus enemigos, y cuando más, suelta una pequeña prenda de la masa de su secreto: ella es Puck con faldas. Viviendo dentro de una raza romántica, su inteligencia, como el alfiler que la japonesa lleva en el moño, se sacudió el extremo romanticismo criollo. Yo le doy las gracias de tener cuanto yo no tengo y de regalarme lo que no me cayó a mí en destino: el precioso ingenio europeo, el aguijón que todos le perdonamos que lleve, porque el primer punto en el cual se hinca es en el cuerpo de la heridora. Alfonsina es una abeja inédita entre las cantadas por los poetas griegos: la avispa que en el vuelo se persigue a sí misma, antes de caer sobre el matorral de mirtos; la abeja-avispa que danza un baile desgarrante, buscando su propia carne para hacerla sangrar en una pirueta de juego que yo le entiendo y que suele hacerme llorar".

¡Cuántas evocaciones y emociones nos trae esta reedición de la antología que la propia autora compuso!

No, no fue en la enorme ciudad que ella tanto amaba y comprendía — y que tanto la hacía sufrir — donde se elevó la última burbuja de su existencia. No fue junto al río "apagado, brumoso, desolante y sombrío". Fue el Atlántico bravío, sonoro, huraño, aullador, orgulloso y leonado, quien recibió la trágica ofrenda. Allí, en aquella playa de La Perla, uno de los más bellos y valientes espíritus femeninos de América, luchó para librarse del cuerpo dolorido, de la carne que lo apresaba. ¿Fue la fatiga de vivir, fue la crueldad de una dolencia incurable, fue el peso de los días monótonos y agrios, fue la mordedura de los desengaños innúmeros, quienes empujaron a Alfonsina al mar hechizado en la noche? No penetremos en la intimidad de su secreto. "Voy a dormir" dijo ella, dos días antes, en su último poema — un antisoneto — escrito cuando ya se iba acercando, paso a paso, a la noche marina. Una alameda de nuestro Prado evoca su nombre. Pero su presencia está, única e inconfundible, en las últimas mañanas del otoño porteño. Esas mañanas en que las esquinas de las aceras céntricas se aroman nostálgicamente de violetas. Y en la neblina tiemblan, amarillentas, las luces de las altas ventanas, con el tímido parpadeo de los sueños irrealizables....

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)